

50 cénts.

NOVIEMBRE DE 1914

::: VOLUMEN XI :::

AÑO III



Biblioteca Tradicionalista

“VADE-MECUM DEL JAIMISTA,,

ANGEL TORRES

Gran Fábrica de Conservas

САБАНОРА (Logroño)

==== (Marca Basilio Torres) ====

Casa afiliada a la «Liga Antimasónica y Antisemita» para la defensa de los intereses católicos.

Esta casa provee de conservas de todas clases a casi todas las Ordenes religiosas establecidas en España, y mensualmente remite la cotización, en precios y clases.

Toda la correspondencia
al encargado de la venta

Don Angel Torres



Vade-Mecum del Jaimista
Publicación mensual de propaganda

* * * SUSCRIPCIÓN * * *

Un año 6 ptas.

Por corresponsal . . . 6'50 »

Cada volumen 50 cénts.

Atrasado 75 »

:: :: TOMOS ATRASADOS :: ::

Año 1912, encuadernado 6 ptas.

» 1913, » 6 »

Administración y Redacción:

BIBLIOTECA TRADICIONALISTA

Calle de Aragón, 252, pral. :: BARCELONA

R-3210

R. 1823

OBRA NUEVA

Florangel

por

M. Augustus Graven

Novela que ha sido traducida en todos los idiomas y que se recomienda por la moralidad de su argumento, su trama interesantísima y por sus cuadros por demás emocionantes.

Consta de cerca 400 páginas

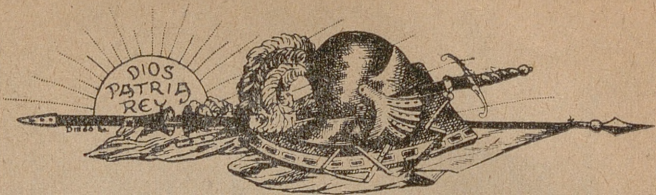
VÉNDENSE EN NUESTRA ADMINISTRACIÓN

Precio: 2'50 ptas.



UNA FOTOGRAFÍA HISTÓRICA

Don Carlos, el Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo y D. Francisco Melgar



HISTORIAL DEL CARLISMO

Ley de sucesión de 1713

Disposición o mandato de la ley promulgada en las Cortes de España el 10 de Mayo sobre el orden de sucesión a la Corona en la descendencia del rey católico Felipe V

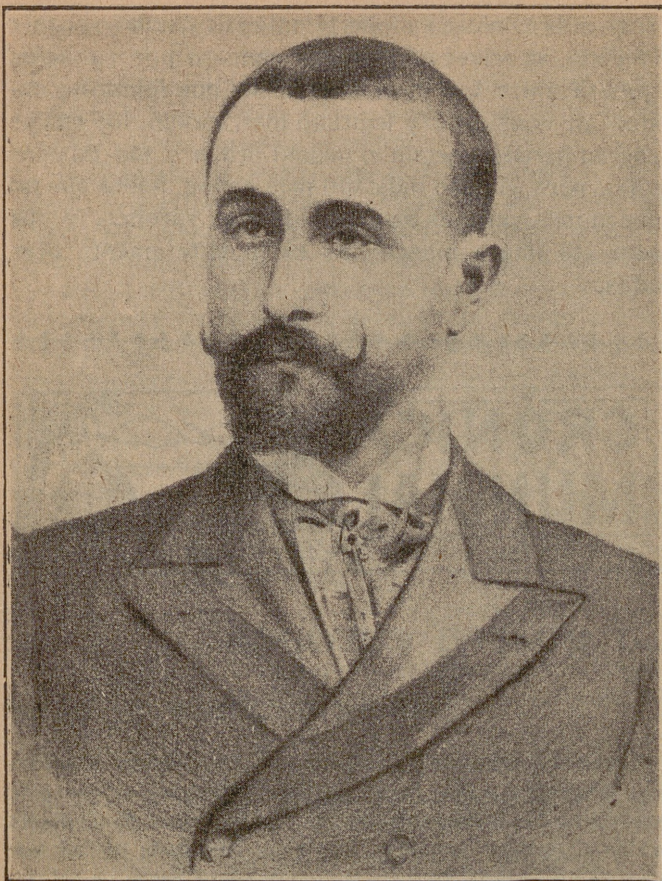
Ordeno que de hoy en adelante la sucesión de estos Reinos y de todos aquellos que son o que serán reunidos, sea y se ordene en la forma siguiente: Después de mi muerte heredará la Corona el Príncipe de Asturias Luis, mi querido hijo, y a su muerte su hijo legítimo mayor y sus hijos y descendientes varones, descendientes de varones legítimos por línea directa legítima, nacidos todos en matrimonio realmente legítimo, según el orden de primogenitura y derecho de representación, conforme a la ley de Toro; y en defecto del hijo mayor del Príncipe y de todos sus descendientes varones, descendientes de varones que tienen que heredar, según el orden arriba indicado, heredará la Corona el segundo hijo legítimo del Príncipe y sus descendientes varones, descendientes de varones legítimos por línea recta legítima, todos nacidos en constante legítimo matrimonio, según el mismo orden de primogenitura, y en falta de todos los descendientes varones del se-

gundo hijo del Príncipe, heredará el tercer hijo y el cuarto, y los demás que serán legítimos, y sus hijos y descendientes varones, de descendientes varones igualmente legítimos, y en línea recta legítima y todos nacidos en constante legítimo matrimonio, según el mismo orden, hasta la extinción y el fin de las líneas varoniles de cada uno de ellos; observando siempre rigurosamente la agnación y el orden de primogenitura, según el derecho de representación, guardando siempre la preferencia a las líneas primeras y anteriores a las posteriores. Y en defecto de todos los descendientes varones en línea recta de varones en varones del Príncipe, heredará estos Reinos y esta Corona el Infante don Felipe, mi querido hijo; y a falta de éste, sus hijos y descendientes varones, de descendientes de varones legítimos, y en línea recta legítima nacidos en matrimonio cierto; observando y guardando en todo el mismo orden de sucesión arriba expresado por los descendientes varones del Príncipe. Y en defecto del Infante y de sus hijos y descendientes de varones, la sucesión pasará, según las mismas reglas y el mismo orden de primogenitura y de representación, a los otros hijos que tendré de grado en grado, prefiriendo el mayor al pequeño, y respectivamente sus hijos y descendientes varones, de descendientes varones legítimos, y en línea recta legítima, nacidos todos en constante y legítimo matrimonio, observando puntualmente acerca de esto la agnación rigurosa, y prefiriendo siempre las líneas masculinas primeras y anteriores a las posteriores, hasta que aquéllas estén finidas y acabadas por completo. Cuando todas las descendencias masculinas del Príncipe, Infante y de los demás hijos y descendientes legítimos, varones descendientes, serán totalmente acabadas, y por consiguiente no quedará ningún varón agnado legítimo de mi descendencia a quien pueda re-

caer la Corona, según los Reglamentos arriba prescritos, la sucesión a estos Reinos pertenecerá a la hija, o a las hijas nacidas en matrimonio verdadero del último reinante varón mi agnado, que habrá terminado la línea masculina, y cual muerte habrá ocasionado la vacante, observando entre ellos el orden de primogenitura y los órdenes de representación, dando preferencia a las líneas anteriores más que a las posteriores, conforme está establecido en las leyes de estos Reinos, siendo mi voluntad que la hija mayor, o cualquiera de sus descendientes, o que en dicho caso falleciera antes que él heredara estos Reinos, restablezcan como jefes de línea de agnación rigurosa a sus hijos varones nacidos en verdadero y legítimo matrimonio y entre sus descendientes legítimos, de manera que después de la muerte de la mencionada hija mayor o cualquiera de sus descendientes que reinara, la sucesión pertenezca a sus hijos nacidos en verdadero legítimo matrimonio, el uno después del otro, y prefiriendo el mayor al menor, y respectivamente sus hijos y descendientes varones, descendientes de varones legítimos, nacidos en verdadero y legítimo matrimonio, con el mismo orden de primogenitura, derechos de representación, preferencia de línea y regla de agnación rigurosa anteriormente dicha y que están establecidos entre los hijos y descendientes varones del Príncipe, Infante y de mis demás hijos. Quiero que lo mismo se observe respectivamente a la segunda hija del mencionado Rey mi agnado el último reinante, y por consiguiente entre las demás hijas que él tuviere, puesto que cada una de ellas pueda heredar, según su rango, a la Corona, o cualquiera de sus descendientes, y que en dicho caso muriese antes que él tuviese este derecho, debiendo relevarse la agnación rigurosa entre sus hijos nacidos en matrimonio legítimo verdadero y sus descendientes

varones, descendientes de varones ya dichos hijos legítimos, siguiendo la línea directa, nacidos en constante y legítimo matrimonio, la sucesión entre los ya mencionados hijos y sus descendientes de varones, debiendo regirse así conforme se ha dicho de los hijos y descendientes varones de la hija mayor, hasta tanto que todas las líneas masculinas sean completamente concluídas, observando las reglas de las agnaciones rigurosas. Y en el caso de que el último varón mi agnado que reinase no tuviese ninguna hija nacida en legítimo matrimonio, ni descendientes legítimos en líneas legítimas, la herencia pertenecerá a la hermana o a las hermanas que él tuviera de mi legítima descendencia, y nacidas en línea legítima y en matrimonio constante legítimo, la una después de la otra, prefiriendo la mayor a la menor, y respectivamente sus hijos y descendientes legítimos, y en línea recta, todos nacidos en matrimonio constante legítimo, según el mismo orden de primogenitura, preferencia de línea y derechos de representación, según las leyes de estos Reinos, conforme arriba se ha descrito de la sucesión de las hijas del Rey del último reinante, debiendo igualmente ser relevada la agnación rigurosa entre los hijos que tuviere la hermana, o cualquiera de sus descendientes que en el caso de su muerte tuviesen que heredar o suceder a la Monarquía, nacidos en constante y legítimo matrimonio y entre los descendientes varones, descendientes de varones de dichos hijos legítimos, nacidos en línea recta legítima y en matrimonio constante legítimo, que deberán heredar según el mismo orden y la misma forma arriba descrita, y por consiguiente a los hijos y descendientes de las hijas del dicho último Rey; observando siempre las prescripciones de la agnación rigurosa. Y si el último Rey no tuviese hermana o hermanas, la sucesión de la Corona

tocará al colateral, o sea al pariente que no lo es por línea recta, descendiente mío legítimo, y en línea legítima, que será el pariente más cercano del dicho último Rey, sea el que sea, varón o hembra, y a sus hijos y descendientes legítimos, y en línea directa legítima, nacidos todos en matrimonio constante legítimo, y según el mismo orden y las mismas reglas conforme las cuales serán llamados los hijos y descendientes de las hijas del indicado último Monarca; y en la persona del dicho pariente más cercano, varón o hembra, a quien recaerá la herencia, debiendo relevarse igualmente la agnación rigurosa entre sus hijos, descendientes varones legítimos, y nacidos legítimamente en línea directa en matrimonio constante legítimo, que deberán heredar según el mismo orden y la misma forma que se ha dicho arriba por los hijos e hijas del mencionado último Rey, hasta que no queden más varones descendientes de varones, y que todas las líneas varoniles estén por completo extinguidas. Y en el caso que el Rey, el último que hubiese reinado, no tuviese parientes colaterales, tales como se acaba de decir, varones o hembras, legítimos descendientes de mis hijos y de mí, y en línea legítima, la sucesión a la Corona pertenecerá a las hijas que tendré, nacidas en constante y legítimo matrimonio, la una después de la otra, preferiendo la mayor a la menor, y respectivamente sus hijos y descendientes, y nacidos todos en línea legítima, en matrimonio constante legítimo; observando entre ellos el orden de primogenitura y las reglas de representación, prefiriendo las líneas anteriores a las posteriores, conforme está ya indicado más arriba, y llevando siempre la preferencia los varones a las hembras. Es también mi voluntad que en la persona de cualquiera de mis hijas ya mencionadas, o cualquiera de sus descendientes que heredasen el



Excmo. Sr. Barón de Albi

Figura de alto relieve del jaimismo catalán, que ha desempeñado importantísimos cargos, y cuyo delicado estado de salud le ha prohibido aceptar ninguno en la proyectada nueva organización.

Trono sobreviniese su muerte antes de quedar vacante el mismo, se releve de la misma manera por agnación rigurosa entre los hijos de aquellos que reinaron, nacidos en constante y legítimo matrimonio, los cuales deberán heredar, según el mismo orden y las mismas reglas para el caso indicado más arriba, hasta que no queden más varones de descendientes varones, y que todas las líneas masculinas estén enteramente acabadas.



La guerra europea

Nueve naciones en lucha

Sigue la conflagración europea, pelean millones de soldados, derrámase a ríos la sangre y se consume la riqueza de muchos países a pasos de gigante. Es horrenda, como jamás habían visto ojos humanos, esa lucha entablada en Europa. Alemania y Austria, (la primera sobre todo) hacen un esfuerzo que admira al mundo entero.

Se han cumplido ya muchas profecías que se habían lanzado al público mucho antes de que los alemanes ocupasen Amberes; es decir, que las tropas del Kaiser iban derechamente a realizar una acción contra Inglaterra, limitándose, ahora, a mantener sus posiciones en territorio francés y a contener el avance de los rusos en la Prusia Oriental.

Es evidentísimo que la retirada rapidísima de los alemanes cuando habían ya llegado a las puertas de París, no fué otra

cosa que una hábil maniobra a fin de entretener a los ejércitos aliados para que tuviesen tiempo los alemanes de atrincherarse bien en territorio francés y pudiesen así trasladar tropas suficientes a la frontera rusa y arrojar a aquellos ejércitos hasta Varsovia, como así se realizó.

Inútil es afirmar también, que el objetivo ahora de los alemanes es Inglaterra, el mayor enemigo en esta lucha formidable. No necesitamos esforzarnos para demostrarlo. Basta que nuestros lectores lean los telegramas de procedencia francesa e inglesa, para que se vea cómo la preocupación de Inglaterra va en aumento y como ya se declara que si los alemanes se apoderan de Calais, la Gran Bretaña ha de verse en situación muy comprometida para resistir el continuo asedio de zeppelines y submarinos. *The Times* lo asegura así, y las noticias en que se asegura que el conde de Zeppelin se encuentra en Bruselas al frente de grandes fábricas del aparato de su nombre, demuestran bien claramente que los alemanes se preparan días antes de que empiece el período de nieblas, el cual les favorecerá extraordinariamente para sus maniobras, que si no consiguen un efecto de destrucción material inmediato, lo lograrán bien pronto en lo que se refiere al efecto moral.

Por otra parte, los mismos periódicos ingleses acogen la noticia de que Alemania habla de Bélgica con lástima, de



El Año Jaimista

ALMANAQUE para 1915 (III de su publicación)

160 páginas profusamente ilustradas

8 páginas artísticas :: Magnífica cubierta en colores

Precio: UNA PESETA



Francia, con tristeza, de Rusia, con respeto, y de Inglaterra, con odio, lo cual equivale a declarar solemnemente, que la lucha de estos elementos, por lo menos en su finalidad última, se libra entre Alemania e Inglaterra.

Nosotros creemos que así que empiece la acción contra la Gran Bretaña, el espíritu público no ha de fijarse ya más en las operaciones francesas, ni en las operaciones rusas, y que este desvío de la opinión pública tal vez llegue a influir de manera tan poderosa en el ánimo de los gobernantes franceses, tanto que se decidan a concertar la paz para que terminen de disputarse la supremacía de Europa las dos naciones únicas que en realidad debieran ir a la lucha desde el principio, con lo cual no nos encontraríamos ahora con la enorme catástrofe que significa la muerte de tantos seres y la destrucción de tantas ciudades.

Debe tenerse en cuenta, que al llegar Alemania a la finalidad que se propuso desde el primer instante, o sea, a un cuerpo a cuerpo con Inglaterra, no ha sufrido en su territorio el más leve quebranto, y si bien es verdad que ha perdido a estas horas grandes núcleos de su ejército y gran cúmulo de energías económicas, no lo es menos que, calculadas las resistencias de que podía disponer, se vé de un modo claro que no será fácil verla aniquilada antes de que ella infiera al poder inglés una honda herida, difícil de restañar en muchos años.

Mientras los estrategas se entretienen en hablar del ala izquierda y del ala derecha de los ejércitos aliados y de si von Kluck se retira o avanza, el Estado Mayor alemán dirige todos sus esfuerzos a disponer una lucha titánica, y nosotros, serenamente, debemos prepararnos ahora para ver cosas asombrosas tal vez antes de que termine el mes de Noviembre.

En la costa belga y en la costa de enfrente del imperio británico está concentrado todo el interés de los que saben por donde va el cauce de las aguas, y entristecemos o alegrarnos por los descabros o las victorias que ocurran en territorio francés, es perder el tiempo.



LAS GUERRAS CARLISTAS



El general Narvaez

herido en las batallas de Arlabán ganadas por los
carlistas el año 1836

El fracaso del socialismo

El socialismo había llegado a constituir en muchos países de Europa una terrible amenaza. El socialismo por aquí... el socialismo por allá... el socialismo por todas partes en donde las luchas sociales tenían alguna importancia.

Ante las amenazas del fantasma de la guerra que por tantos años ha sido la pesadilla de Europa confiábase, ya que no en la eficacia de las doctrinas cristianas, ya que no en el cumplimiento de los mandamientos de la ley divina en la actitud de los socialistas, enemigos de la lucha armada entre los pueblos. ¡Qué elocuencia la de Kropotkin, de Rosa Luxemburg, de Cipriani, de Hervé, de Jaurés, de Anatolio France, de Vandervelde! El socialismo internacional se opondrá a la guerra, proclamará una huelga formidable, impondrá la paz con su poderosa organización mundial, y ya se ha visto como el socialismo se ha convertido en el principal impulsor del rompimiento de las hostilidades.

El socialista francés combate al alemán; el ruso al austriaco; el belga al teuton, y todo por espontáneo impulso, con fiereza, con implacable encono. ¡Vaya qué palinodia! ¿Y para eso las estatuas de Bruselas?

Los violentos ataques de los anarquistas contra la propiedad privada han sido llevados a la práctica por las naciones más adelantadas, no sólo en las acciones de guerra sino por disposición expresa de los gobiernos. Lo que jamás se hubiera realizado con las más terribles revoluciones sociales, ni con las máximas de Diego Corrientes, se está efectuando por los decretos insertos en las columnas de los periódicos oficiales, pero de un modo especial por la poderosa Inglaterra, que en este caso llega al latrocinio.

Bien podemos asegurar, pues, que el fracaso del socialismo es un hecho, ya que, poderosamente organizado, no ha podido impedir la explosión de la guerra. Y si para esto no ha servido ¿para que puede ya servir en adelante?



Austria no está aniquilada

Ha sido tan exagerada la prensa judía en sus informaciones sobre Austria, que de creerla, o de ser verdad, no quedarían ni las uñas de un solo soldado austriaco.

No; no son verdad.

La situación de Austria es cada vez más firme. No hay más que hacer esta sencilla, pero concluyente observación: mientras los gobiernos de Alemania y de Austria permanecen en sus capitales, el de Francia tuvo que trasladarse precipitadamente, haciendo un papel poco airoso, de París a Burdeos; el de Servia, de Belgrado a Nisch, y el belga, el más infortunado, de Bruselas a Amberes, primero; de allí a Ostende, y, por fin, al Havre, en tierra extranjera, algo así como el *finis Belgiae*. Estos son hechos.

Alemania ha sitiado a Lieja, a Namur, a Maubeuge, a Amberes, y en días se ha apoderado de estas plazas, alguna considerada como inexpugnable. Rusia puso sitio a Przemysl, y al cabo de un mes ha tenido que levantarlo. Estos también son hechos. Contra ellos nada vale esa campaña de mentiras que se fabrican en Burdeos, Londres, San Petersburgo y... Roma.

Austria sabe cumplir a conciencia su difícil misión de contener, sostener y entretener el formidable empuje del colosal ejército ruso, y lo hace admirable y heroicamente, disputando paso a paso su territorio a cuatro millones de hombres, y al cabo de dos meses de guerra el resultado es que las fuerzas están compensadas, cuando tan desigual es el número de combatientes entre una y otra parte.

Ya varios críticos militares que al principio se habían manifestado no muy convencidos de la eficiencia del ejército austriaco, reconocen ahora su error. Esos dos millones quinientos mil soldados han demostrado ser, no masas a las que puede arrollarse fácilmente en cuanto se les priva del espíritu de confianza en la victoria, sino cuerpos fuertemente organizados que han sido valladar infranqueable en las fronteras del Oriente.

Repito que Rusia se equivocó, si se estudia desde el punto de vista militar su proceder en la contienda. Como los fran-

ceses en su primer avance solo vieron la posesión de Alsacia-Lorena, así el imperio moscovita cegado por la codicia, se lanzó con avidez sobre la Galizia, donde antes se había gastado en rusificarla gran parte de los empréstitos franceses, y donde ha gastado ahora fuerzas y prestigio en conquistarla, no consiguiendo más que tomar a Lemberg, capital de la región, es cierto, pero ciudad abierta. Y cuando los franceses le recriminan y hasta le acusan de traición porque, en vez de ayudarles atacando a Alemania se ha entretenido malgastando poder en combatir, y mal, a Austria, entonces traslada sus fuerzas hacia el Norte, hacia la Prusia oriental, sin recordar lo fatales que suelen ser estos traslados de ejércitos. Consecuencia: que tiene que empezar a ir evacuando la Galizia y la Bukovina, porque los ejércitos austro-húngaro-germanos le amenazan seriamente por Varsovia.

Servia bastante tiene que hacer con luchar con el cólera y la miseria, así como el Montenegro; todo lo más que puede intentar es una guerra de montaña, sin horizontes militares. Los austriacos les dan de vez en cuando una lección contundente... y hasta otra.

La proximidad del invierno complica la situación, porque Inglaterra que, como más rica, puede resistir mejor que sus aliadas una guerra larga, tiene interés vivísimo en prolongarla; hace de tendido de sol en esta colosal corrida, acechando a todos contra el toro desde las gradas, y se afana por estirar y complicar el conflicto, cueste lo que cueste... a los demás. Ella ha dicho qué resistirá hasta sacrificar el último hombre... francés, añaden algunos.

Pueden hacerle el juego el movimiento y la agitación en los Balkanes; pues si Turquía se mete en la contienda, en el acto entraría Grecia en contra suya, o inmediatamente Bulgaria a favor de la primera, lo cual movería a intervenir a Rumanía. De modo que como las fuerzas de los nuevos factores que podían inmiscuirse se equilibran bastante, el resultado sería una complicación mayor, nuevas calamidades, sin que la solución se apresurara sino al contrario. Italia pudiera ser un factor de primer orden, pero ¿quién es capaz de penetrar en el secreto de las intenciones de la diplomacia italiana que ha tenido por maestros a Maquiavelo y a Cavour?

El mortero de 42

Un periódico alemán publica algunos detalles muy interesantes respecto a los famosos morteros alemanes, los cuales se conocen con la denominación de *Bertha la Mimada*, en atención a que es ese el nombre de la esposa de Krupp, de cuyos talleres, como es sabido, han salido tan terribles elementos de combate.

Son muy parecidos a los obuses pesados, que ha tenido hasta ahora la artillería alemana.

El mortero se compone de tres partes, que se transportan en vehículos adecuados, y las que se unen cuando el monstruo va a ser puesto en acción. El cañón propiamente dicho tiene 21 metros de largo.

Transportado por ferrocarril y en un vagón de doce ejes hasta el punto de la línea más próximo a aquel donde va a ser utilizado, se le desmonta para transportar sus piezas, como se deja dicho, en vehículos especiales, los que avanzan por las carreteras produciendo un ruido enorme, como si pasase una apisonadora gigantesca.

Para montar el cañón hay que hacerlo mediante varias operaciones, en las que trabajan los hombres que sirven cada pieza y que preceden y siguen a los carros, formando en los caminos una columna de cerca de un kilómetro.

Cuando se ha montado el cañón se comprueba si funciona bien el mecanismo que regula el retroceso, cosa que tiene una importancia extraordinaria. El disparo se hace mediante una corriente eléctrica y desde una distancia de 400 metros; el desgraciado que se hallara junto al cañón en el momento de dispararlo, caería al suelo como herido por un rayo y se quedaría sordo por mucho tiempo.

Retratos en tricromía de Don Jaime de Borbón

en finísima cartulina (19 por 12 centímetros), con un extracto de la biografía de nuestro Augusto Caudillo.

A 20 céntimos uno y a 15 pesetas el cien.

Las paredes de la boca de fuego tienen un grueso igual al del proyectil: 42 centímetros.

El tubo de acero está recubierto por anillos de hierro.

El proyectil pesa después de cargado 750 kilogramos.

Su alcance es de 44.000 metros, o sea una tercera parte más de la distancia que media entre Calais y Douvres, que es de 33 kilómetros. A esta distancia es claro que la puntería es muy incierta y no es posible apreciarla más que mediante un reconocimiento en aeroplano; pero hasta la distancia de 15.000 metros el mortero gigantesco es un arma de precisión.

Cuando el proyectil cae desde una altura de 400 a 500 metros, después de recorrida su trayectoria, deshace todo lo que halla a su paso. Si el terreno no es muy rocoso, el obús penetra hasta ocho o diez metros de profundidad. El efecto visto desde lejos no puede ser más impresionante. Se ve primero una columna de fuego, después una gran nube de humo negro y amarillento que sube hasta unos cien metros de altura, y al cabo de un instante se escucha un ruido sordo, terrible, producido por la explosión, que abre un boquete de unos 15 a 18 metros de circunferencia.

El destructor de las fortalezas no circula más que bajo la protección de una guardia especial, constituida por fuerzas de caballería y de infantería, con varias ametralladoras.

Su poderoso alcance le permite accionar desde sitios muy seguros.

Bertha la Mimada no es, como se ha dicho, un juguete delicadísimo y puede hacer muchos más disparos de los 150 que se le atribuyen.

El coste de cada uno de ellos es de 60.000 francos.



Cambio de prisioneros

El Gobierno de la República ha iniciado las negociaciones para conseguir el cambio de prisioneros franceses y alemanes. Autoridades jurídicas dan su opinión acerca del procedimiento a seguir para que esta práctica de la guerra se lleve a cabo. La encargada de hacer el cambio sería Suiza, que,

por su neutralidad escrupulosa y su situación geográfica, está en condiciones de facilitar y servir de intermediaria a las gestiones de los dos Gobiernos beligerantes.

Pero si Francia se halla dispuesta a cambiar sus prisioneros alemanes, hombre por hombre y grado por grado, se sabe que Alemania no se muestra propicia a adoptar la misma medida. Con respecto a Francia, Alemania tiene la superioridad numérica, y es ventaja para los planes del Estado Mayor del Kaiser que los efectivos franceses disminuyan. Francia está, con respecto a Alemania, como ésta respecto de Rusia. Los recursos de sangre en Rusia, sin ser tan enormes como la cifra de su población podría hacer pensar, permiten al Estado Mayor ruso llenar los vacíos que hagan en sus filas las tropas alemanas, ya por heridas, ya por muerte, ya por captura. En Rusia, donde la instrucción militar es muy somera, el reemplazar unos soldados por otros no puede ofrecer más inconveniente que la dificultad de su transporte desde las regiones lejanas en que se hace el reclutamiento hasta el teatro de la guerra. Alemania, en cambio, obliga a sus soldados a una preparación militar severísima, y buena prueba de esto es que todavía no ha tomado la medida que adoptó hace tiempo el Gobierno de la República: la revisión de los hombres considerados como inútiles en un primer examen médico. Quien esto escribe tiene en la región de Silesia y de Prusia oriental amigos que todavía no han recibido aviso de presentarse a nuevo examen, a pesar de no contar más de treinta años y de dar pruebas de buena constitución física. Esto obedece a que Alemania se resiste a enviar al campo de batalla otras tropas que aquellas que hayan tenido la instrucción militar que los organizadores de la guerra creen indispensable.

El general von der Goltz, en sus diferentes tratados sobre ciencia militar, dice que un Ejército del cual un tanto por ciento, por mínimo que sea, no tenga el *entrenamiento* guerrero necesario, podrá contribuir más a la derrota que a la victoria, por muy buena voluntad que tenga. Los generales rusos saben esto, y de ahí que no quieran tampoco ceder a Alemania los prisioneros, soldados perfectamente instruídos en el arte militar; contra sus pobres hombres de la estepa,

cuya instrucción no llega, en la mayoría de los casos, a ser rudimentaria. El Estado Mayor ruso no ignora que un soldado alemán vale por dos rusos, no en cuanto al valor personal, que es inútil y a veces perjudicial por la iniciativa que pueda tomar en la guerra moderna, sino por el perfecto engranaje que forman los soldados en un regimiento prusiano, y los regimientos en un Cuerpo de Ejército.

Se cree que Alemania no accederá al cambio de prisioneros que le propone la República, en tanto que Rusia no acepte esta práctica. De otra parte, la mayoría de los prisioneros franceses en Alemania pertenecen a los Cuerpos activos del Ejército al empezar la guerra; es decir, a las mejores tropas de las que manda el general Joffre. Cayeron capturados en el avance hacia el interior de Francia, y otros en las plazas ocupadas por los alemanes en el transcurso de la guerra, como Maubeuge. El Estado Mayor francés ha tenido que llenar esos huecos con tropas de la reserva, que no tienen ni el *entrenamiento* ni el vigor de los capturados. Esos prisioneros franceses, por los días que estuvieron en campaña, tienen la experiencia de la guerra, que no poseen los soldados territoriales que han de substituirlos.

Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que el cambio de prisioneros entre Francia y Alemania no se efectuará sin que Rusia lo haga simultáneamente con el Imperio del Kaiser y con Austria.



Lo que va a costar la guerra

Un *sabio*, M. Iver Guyot, se ha entretenido en calcular lo que va a costar la guerra. «Si la campaña dura seis meses—dice M. Guyot,—costará 88.000 millones. Será necesario un empréstito de 40 a 45.000 millones para hacer frente a la situación, una vez terminada la guerra en ese plazo».

Cuarenta y cinco mil millones son muchos millones; pero los economistas franceses saben ya dónde los encontrarán. Hasta ahora nos habían dicho que Alemania era pobre y que no podría resistir mucho tiempo porque el hambre daría buena

cuenta de sus furores guerreros. Pero a la hora de arbitrar recursos nos aseguran que Alemania es rica y está en condiciones de pagar una crecida indemnización. No crean ustedes que los economistas franceses piden gollerías... La idea que se les ha ocurrido es sencillísima... Verán ustedes.

Suponiendo que la guerra termine el 10 de Mayo de 1916, cuarenta y cinco años después de firmado el tratado de Francfort, que costó a Francia 5.000 millones, bastará con exigir a Alemania la restitución de aquella suma, con el interés compuesto devengado en ese lapso de tiempo. Cojan ustedes lápiz y papel, hagan la cuenta y verán que cinco mil millones, colocados a interés compuesto, en cuarenta y cinco años, se convierten en 44,925.040,000 (*cuarenta y cuatro mil novecientos veinticinco millones cuarenta mil francos*). No hay céntimos.

¡Ea! Ya están ahí los 45.000 millones que los economistas franceses estiman necesarios para hacer frente a la situación al terminar la guerra. Como ustedes ven, es un simple reembolso el que Francia exigiría de Alemania. ¡No hay nada como las matemáticas!

— — —

En esto se entretienen los sabios de la Academia de Ciencias. El pueblo de París pasa el tiempo en otras cosas... El pago del trimestre de los alquileres fué la chispa que encen-



El Año Jaimista

ALMANAQUE para 1915 (III de su publicación)

160 páginas profusamente ilustradas

8 páginas artísticas :: Magnífica cubierta en colores

Precio: UNA PESETA



PRIMERA GUERRA CIVIL



Lanceros carlistas

dió la *Commune* en 1871, y por eso el Gobierno francés ha acordado ahora prorrogar el *terme*; pero los propietarios no se conforman y chillan. Ellos no tienen más medios de vida que las rentas de sus propiedades. Primer conflicto.

Naturalmente, los inquilinos que no trabajan, las familias que tienen a sus hijos en la guerra, que si poseen algún metálico en los Bancos no pueden retirarlo y que sólo cobran 30 o 50 francos cada quince días de sus cartillas de ahorro, se niegan a pagar los alquileres de las casas... Otro conflicto.

Por otra parte, el malestar crece en París, a juzgar por lo que los periódicos dejan entrever, no obstante las severidades de la censura. Llueven cartas sobre los diarios protestando de los grandes sueldos que disfrutaban los empleados del Estado, porque «no es justo que cuando el país perece, haya millares de personajes que cobran 10, 12, 15.000 francos.» Este es un síntoma.

PRIMERA GUERRA CIVIL



Infantería carlista

Y otro síntoma nos le ofrece el senador Henri Bérenger, que recoge la corriente de opinión que ha comenzado a formarse en París contra la nueva capital circunstancial de Francia: contra la ciudad de Burdeos...

Ya saben ustedes que en París no hay medio de encontrar automóviles para recoger heridos y transportar correspondencia y provisiones a los campos de batalla. Debo advertir que al comenzar la guerra, el Gobierno se incautó de todos los automóviles que había en Francia, sin reparar en si los dueños de los coches eran franceses o extranjeros... Por algo se vive en República... Lo que hay en Francia, ¡qué diablo!, es del Gobierno. Así arrebataron un *auto* a la marquesa de Vistabella, y otro al pintor Zuloaga y a mil más.

Bueno; pues, a pesar de esto, no hay automóviles. Y digan ustedes lo que dice el senador M. Henri Bérenger:

«Yo no creo exponerme a las iras de la censura indicando a las autoridades superiores un lugar donde podrán encontrar cuantos automóviles hagan falta. Este lugar es Burdeos. Desde que Burdeos se ha convertido en capital de Francia, esta ciudad amable, cuyas calles y monumentos invitan al paseo a pie, está invadida por millares de «cuarenta caballos» y hasta «sesenta HP», que asustan a las gentes con los roncocos sonidos de sus sirenas y los aullidos de animales de toda especie que brotan de las bocinas. Los *autos* corren veloces, amenazando aplastar a cada instante a los trabajadores que no están «agregados» a alguna dirección, a «algún» servicio de cualquier cosa o a «algún» personaje más o menos oficial.

Esos coches lujosos en una población que se atraviesa en un cuarto de hora, y que tiene tranvías en todas direcciones, hacen el efecto de escarabajos encerrados en una botella. Esos automóviles han sido puestos a disposición de gentes que en París iban en ómnibus o a pie para acudir a sus oficinas. En Burdeos vemos centenares de *autos* conducidos por soldados jóvenes y vigorosos al servicios del señor jefe del gabinete de «Tal Cosa», del señor jefe adjunto de «Tal otra», del señor director de «Esto», del señor intendente de «Aquello», de sus esposas, de sus hijas y de sus amigas.

No hace muchos días, pudo verse en las calles céntricas de Burdeos, una *limousine* soberbia que corría vertiginosa asustando a las gentes, con un letrerito en los faroles que decía: «*Servicio de aprovisionamiento*». En el interior del coche había dos ramos de claveles y rosas y una joven elegante.

Todos esos señores y sus «amigas» que en Burdeos tienen automóvil en tiempo de guerra, van a pie en París en tiempo de paz. Y esos soldados jóvenes y vigorosos que los conducen estarían en la línea de frente de la vanguardia de nuestro Ejército mucho mejor que en la última línea de la retaguardia.»

El senador M. Bérenger no tiene pelos en la pluma, y nos da a entender la sorda irritación del pueblo de París, del buen pueblo de París, que hasta ahora se contenta con decir

en voz baja lo que siente, pero no tardará mucho en estallar... El buen pueblo de París, que es manso como un cordero, pero al que hay que temer, porque, en la desesperación, tiene el furor del cordero...

Y mientras los «buenos» sufren con resignación, los «sabios» discuten en las Academias y se dedican a hacer acertijos y adivinanzas... ¿Cuánto durará la guerra? ¿Cuánto costará la guerra? ¿Qué indemnización pediremos?



La queja de los católicos franceses

Las quejas de los católicos franceses por la actitud de la mayor parte de las derechas no pueden dejar de impresionarnos. Noble y cristiano es dirigir nuestras simpatías hacia los que están amenazados por la desgracia y acompañar con nuestro respeto las generosas inquietudes patrióticas de nuestros hermanos.

No podemos tampoco desconocer ni despreciar el poderoso movimiento de ideas y de aspiraciones que constituyen la reacción católica y nacionalista de Francia. Pero hay un hecho que nadie puede negar: Francia lleva ante Europa etiqueta jacobina, y con esa etiqueta circula todavía el rico contenido de la nación de San Luis. Muy difícil es hacer el balance del bien y del mal que en ella se encierra, pero hay que reconocer que el escándalo del mal ha llegado más lejos que la edificación del bien. La reacción sólo la conocen los intelectuales; la obra sectaria la conocen todos. Y si Dios ha determinado que la desgracia de Francia sea una lección saludable para el mundo, alabemos su misericordia y esperemos que esa prueba será gloriosa redención para el pueblo cristianísimo.

Si esa desgracia viniera, no sería Francia la derrotada. El hacha germana, con su poda sangrienta, haría correr muchas lágrimas inocentes, que debemos venerar como rocío purificador, pero es de creer que depuraría y vigorizaría el espíritu francés.

Francia no tiene que defender, como Inglaterra, la supremacía del poderío mundial. El cetro de la fuerza no lo puede perder, porque no lo tiene; el cetro de las gracias delicadas del espíritu, nadie se lo arrebatará. Las claridades de su inteligencia subyugarán las mismas nebulosidades del espíritu germano, y una luz más pura saldrá del fondo de sus dolores.

Alemania no matará el espíritu francés; en cambio, el jacobinismo llevaba camino de ahogarlo en el lodo. Hace tiempo decía un político de la nación vecina que era peligroso ofender en Francia el sentimiento de la justicia. Sin embargo, la justicia fué escarnecida con el despojo y la proscripción de los Religiosos, con el régimen de las fichas, con tantas otras manifestaciones odiosas y bajas del sectarismo. Después de eso pudo decirse que ya no era peligroso en Francia ofender el sentimiento de la justicia. Y esta mutilación moral, esta depresión de la magnanimidad francesa y de los sentimientos que fueron su gloria, ¿no era peor que una derrota?

Pensando *L'Univers* en la escasa energía de la protesta nacional contra el sectarismo, se fijaba un día en un balance económico que recientemente se había publicado. Los negocios no iban mal, y la prosperidad adormecía y suavizaba la indignación. ¿Podrá nadie extrañar que si la prosperidad mataba la grandeza moral de Francia, le envíe Dios una hora grave y santa para acercarla a su tabernáculo y regenerarla?

Las virtudes de Francia, quizá por ser más delicadas que las de otros pueblos, degeneran más fácilmente y necesitan mayores cuidados para su conservación. Sobre la flor de las fragancias exquisitas se había posado ahora la gusanera sectaria, y la flor moría. Tal vez la sacudida que ahora sufre, y que deseamos sea lo más breve y lo menos dolorosa posible, la libertará del parásito. No será la hora de la muerte, sino la del renacimiento, que hará expansionarse, rejuvenecidas, sus energías profundas.

Algo perecerá en la prueba, pero no será verdaderamente francés.

Salvador Minguijón



Declaraciones del diputado obrero

Giesberts en el Parlamento alemán

Nosotros, los obreros alemanes, lamentamos la guerra, como la lamentan en Alemania todas las clases sociales, desde el jornalero al más rico fabricante y desde el labrador hasta el hombre de ciencia. Todos sabemos, sin embargo, que representa un momento decisivo para nuestra existencia como nación y para nuestra independencia económica.

Admira el extranjero la unidad de criterio reinante entre los obreros alemanes, incluso los socialistas. Y la unidad de miras es perfectamente comprensible. El obrero alemán recibe durante ocho años una enseñanza elemental excelente, que no solo le instruye, sino que también le educa; dispone además de infinitas posibilidades para acrecentar y profundizar sus conocimientos y su formación espiritual. Tiene todo lo que necesita para formar autónomamente juicio sobre lo que pasa en derredor suyo.

Sabemos que la paz es condición indispensable para la seguridad de nuestro crecimiento y de nuestro progreso cultural. Por ello nos repugna la guerra y por ello mismo corremos decididos a las armas cuando se quiere perturbar nuestra paz. En 44 años de paz, industria y comercio han prosperado. Gracias a nuestras fuertes organizaciones societarias hemos conquistado salarios elevados y reducciones considerables de las horas de trabajo. Hemos creado una espléndida legislación social que protege al más pobre y al más débil contra todo intento de explotación. Tenemos el seguro obligatorio, que destina cientos de millones anuales a protegernos contra la miseria ocasionada por las enfermedades, los accidentes, la invalidez...

Y tenemos más que todo ello: el obrero alemán no persigue tan solo fines materiales. Hemos espiritualizado nuestra casa y nuestra vida de familia. En una palabra: el obrero alemán tiene mucho que perder si la industria alemana se arruina.

No es difícil comprender el heroico espíritu de sacrificio con que el obrero alemán va a la guerra. Al fin y al cabo más

PRIMERA GUERRA CIVIL



Húsares carlistas de^{ra} Arlabán

del 50 por 100 del ejército se compone de obreros, empleados, artesanos y comerciantes.

Odiamo profundamente a los que nos han impuesto esta guerra y no cejaremos hasta haber asegurado el fracaso de sus planes. El emperador y el gobierno han compartido siempre nuestro amor a la paz. Sabemos que nuestro emperador ha agotado todos los medios para evitar a Europa estos terribles momentos. Es más: muchos de nuestros compatriotas le acusan de habersé dejado engañar y entretener con exceso por la diplomacia extranjera. Por ello es mayor el entusiasmo con que todos queremos ayudarle en su empeño de defender nuestra existencia. La mayor desilusión la hemos recibido de Inglaterra. Había bastante sitio en el mundo para las dos. Inglaterra debió ponerse a nuestro lado contra el abrazo de los rusos y de los serbios. Nadie ha sufrido un

PRIMERA GUERRA CIVIL



Artillería carlista

mayor desengaño que nuestros obreros que tanto han aprendido de las asociaciones obreras inglesas.

El obrero alemán hace causa común con todo el pueblo y luchará hasta vencer o morir en defensa de la existencia nacional.



El conflicto de los “Tricots”

El gobierno francés se encuentra en un verdadero conflicto para aprovisionar a sus tropas de las prendas necesarias al comenzar el invierno. Estas prendas, según el propio edicto de las autoridades militares recomendando a cada soldado que se provea de ellas, son: un chaleco o *jersey* de lana, una

faja, un par de guantes, dos pares de calzoncillos y dos de calcetines, todo ello de lana. Al comenzar los primeros fríos, como en los depósitos de Guerra no hubiese nada de esto, apareció en todos los periódicos y en todas las alcaldías ese edicto, para que los hombres que habían de reunirse a las filas y los convalecientes que vuelven al fuego fueran provistos de lo que el Estado no podía proporcionarles por no haber pensado que una campaña de invierno es más mortífera que las balas enemigas. Para aquellos que están en las trincheras, la autoridad militar encargaba a sus respectivas familias que les hiciesen el envío. A todos les serían abonados los gastos hechos.

El pueblo francés leyó el edicto, y con la buena voluntad hija del amor a los padres y maridos que luchan en el campo de batallá y nacida de su fervoroso patriotismo se dispuso a remediar los defectos de la administración militar, a corregir tan enorme falta, que amenazaba gravemente la salud de las tropas. Por todas partes surgieron iniciativas, sociedades que allegaban recursos para enviar a los soldados sin familia o de familias pobres las prendas de lana con que soportar las crudas temperaturas que se avecinan. Pierre Loti, el famoso novelista, presidió una de estas sociedades. Los llamamientos a la generosidad pública fueron escuchados, y de todos los rincones de Francia acudieron donaciones y ayudas. Por su parte, las esposas y las madres se privaban de comer para que sus maridos y sus hijos recibiesen el *tricot* de lana. En pocos días, Francia dió el espectáculo hermoso de haber substituído con su actividad generosa y su entusiasmo a la poca, no diremos ninguna, previsión de sus gobernantes. Ya había prendas para todos los soldados; no faltaba sino que éstos recibiesen los envíos.

Mas he aquí que el Estado, que no supo tener esas prendas en los depósitos, tampoco sabe cómo hacer para que los envíos lleguen a sus respectivos destinatarios; la cosa no es sencilla: cada paquete pesa dos kilos, y como se calculan en dos millones de hombres los que hay en estos momentos sobre las armas, los *tricot*s llegan a la formidable suma de cuatro millones de kilos, que el Gobierno debe transportar a través de las líneas ferroviarias, ya abarrotadas por el mate-

rial de guerra. Y aún más: esos cuatro millones de kilos, tras de circular por todas las redes de la República, vienen a reunirse en dos, en la del Norte y en la del Este. No es exagerado decir que, si Dios no hace un milagro, pasará el invierno sin que los *tricots* hayan llegado a su destino. Cuando sabemos que los heridos quedan cuatro o cinco días en las estaciones porque no hay trenes que los conduzcan hasta los hospitales; cuando sabemos también que los soldados pasan semanas enteras sin recibir carta de sus familias y que éstas tampoco las reciben de ellos; cuando se dan casos de que una tarjeta postal desde Meaux a París (50 kilómetros) tarda diez y nueve días, ¿cómo suponer que cuatro millones de kilos en dos millones de paquetes serán distribuidos con mayor rapidez? Y ocurrirá que cuando un envío llegue al punto que reza en la dirección, el soldado a quien está destinado habrá cambiado de residencia. Entonces el paquete rodará, quedará en una estación, con otros muchos en igual caso. El soldado escribirá a su familia; la carta llegará quince días después; la familia contestará que hizo el envío a tal pueblo; veinte días más tarde el soldado hará la reclamación; le contestarán que el paquete fué devuelto al remitente...

Con lástima pensamos que un pueblo tan vital, tan activo y tan patriota como Francia merecía otra administración y otros directores. ¿Aprovecharán la lección de la guerra? ¿Seguirá dócilmente sometido al imperio de los retóricos, escépticos y vividores?

PAÑUELOS DE SEDA

con el retrato de

Don Jaime de Borbón

con dobladillo calado y la bandera española

Uno . 1'25 ptas. : 12 ptas. docena

De venta en esta Administración

Acordáos de Peral

La terrible lucha entablada entre la mayor parte de las naciones continentales, tiene por teatro la tierra y el mar.

En tierra, ejércitos formidables que cuentan por millones los combatientes y disponen de poderosísimos elementos de combate, libran sangrientas e interminables batallas sembrando los campos de millares de cadáveres, y convirtiendo en inmensos hospitales las poblaciones de las naciones beligerantes: en el mar, las minas flotantes acechan el paso de los buques, y los submarinos echan a pique cruceros y acorazados, velando sus acometidas en las revueltas oleadas de los océanos.

¡Los submarinos!... Esta palabra suena en nuestros oídos con timbre de dolorosa pena y en nuestra alma con vergüenza y oprobio.

Y suena así, porque España, la España en otro tiempo señora del mundo, la que dió vida a un nuevo hemisferio y produjo genios que fueron (y son hoy aún) asombro de la humanidad, *fué la primera* que surcó la profundidad de los mares con el *Ictíneo*, de Monturiol, y más tarde con el *submarino Peral*.

De aquel hombre ilustre, modesto, ingenuo, que quiso dotar a su patria de un poderoso elemento de guerra, y si no encontró a su paso las cadenas de Colón, halló la envidia que le arrojó a la desesperación y quizá a la muerte.

No voy a relatar aquí las injusticias que con él se cometieron; pero sí señalaré que desde el momento en que se arrumbó su buque en los baños de la Carraca, las potencias marítimas de Europa emprendieron la construcción de submarinos y España *no tiene hoy ni uno solo* para defensa de sus costas; ¡hasta se ha pretendido vender el *Peral*, para que el logrero aproveche sus materiales en lo que le sea útil! Esto era el INRI escrito sobre la memoria del mártir, y la opinión protestó unánime de semejante sacrilegio.

Una indemnización de algunos millones y el nombramiento *perpétuo de Director* de los mejores arsenales del mundo se ofrecían a don Isaac por los planos; el honrado marino contestaba:

—«¡Nunca! ¡Primero es mi patria!»

Como Cervantes, como Colón, como Monturiol, Torres, Quevedo y otros mil más, Peral apuró el cáliz hasta las heces para caer vencido por la enfermedad, pero no desalentado por la infamia.



La guerra ¿será larga?

Se han escrito quintales de papel sobre si la actual guerra europea duraría poco o sería larga.

Los que creían que la guerra que asola las tierras de la Europa no podía durar más allá de dos o tres meses se han equivocado del todo. La guerra continúa y continuará, por desgracia, meses y meses, y la sangre correrá aún a torrentes hasta que, materialmente, sea aniquilada una de las partes beligerantes.

Los servios han sido rechazados en todas partes de la frontera servio-austríaca. Lo han sido los rusos (que han adelantado, en cambio, en la frontera austríaca) en la frontera toda de Alemania, con enormes pérdidas en hombres y en material de guerra, ocupando los alemanes notables poblaciones rusas.



El Año Jaimista

ALMANAQUE para 1915 (III de su publicación)

160 páginas profusamente ilustradas

8 páginas artísticas :: Magnífica cubierta en colores

Precio: UNA PESETA



Los ejércitos aliados, en territorio francés, hacen inauditos esfuerzos por evitar el avance de los alemanes, que no parece poner gran empeño en ello, sin duda porque intentan sojuzgar a toda la Bélgica, ya que ésta obligada por Francia e Inglaterra, (de las que es víctima) lucha aún, bien inútilmente por cierto, contra el ejército alemán en el poco territorio que de su patria le queda.

Muchos opinan que los beligerantes irán, por fin, a la terminación de la guerra por falta de medios materiales. Opino yo lo contrario. Creo que será vencido el que, aún contando con medios materiales, sea, por cansancio o por convencimiento de la derrota, víctima del aplanamiento moral; que son, al fin y al cabo, el espíritu, el temple del alma, el convencimiento del propio valor lo que sostiene y hace poderosos los ejércitos.



El Kaiser al presidente Wilson

El emperador Guillermo ha dirigido el siguiente telegrama al presidente de los Estados Unidos, como contestando a las constantes y diarias protestas que formulan los aliados a los Embajadores de la República norte-americana:

«Considero de mi deber, señor Presidente, poner en conocimiento de usted, como principal representante de los principios de humanidad, que mis tropas han encontrado, después de la toma de la fortaleza francesa de Longwy, millares de balas *Dum-Dum* fabricadas en talleres especiales del Gobierno francés. Los mismos proyectiles han sido encontrados a los soldados muertos, a los heridos y a los prisioneros; también en las tropas inglesas. Usted sabe bien que estos proyectiles causan horribles heridas, y los más crueles sufrimientos, y que su empleo está terminantemente prohibido por los reconocidos principios del derecho internacional. Por lo tanto hago ante usted la más solemne protesta contra esta manera de hacer la guerra, que gracias a los métodos de nuestros enemigos, se ha convertido en la más salvaje que conoce la Historia. No solamente se han valido

de estas horribles armas, sino que también el Gobierno belga ha incitado a la población civil a tomar parte en la lucha, y con anticipación y especial cuidado la ha preparado a ello. Las crueldades cometidas en esta guerra de guerrillas, hasta por las mujeres, aun con soldados heridos, médicos y enfermeras (médicos han sido muertos, hospitales de campaña atacados) han sido tales, que mis generales al fin se han visto obligados a dictar las más enérgicas medidas para castigar a los culpables e intimidar a la sanguinaria población, evitando la continuación de vergonzosos asesinatos. En legítima defensa, y para poderse proteger, mis tropas han tenido que destruir algunas aldeas, y hasta la antigua ciudad de Lovaina, de la que se ha salvado solamente la hermosa Casa del Ayuntamiento. Con todo el dolor de mi alma me veo obligado a reconocer que estas medidas han sido necesarias, sufro horriblemente al pensar en las numerosas personas inocentes que han perdido su hogar y sus haberes a causa de la salvaje conducta de algunos criminales.—*Guillermo.*»



La “reina de los mares”

La poderosa Inglaterra, la «reina de los mares», engreída porque cuenta con un número de naves de guerra que le dan el predominio en el mar, está abusando de su poder y de su fuerza, atropellando el derecho de gentes y las facultades de los países neutrales.

Inglaterra, encerrados en sus puertos los barcos alemanes, a los cuales impiden las actuales circunstancias aceptar combates abiertos, se ha creído con derecho a atropellar en los mares a todo el mundo... menos a Italia (de la que espera eficaz ayuda) y a los Estados Unidos (a la que teme y habrá de temer más, en adelante).

Con los barcos españoles está cometiendo inalicables abusos, yo creo que indignada porque España se declaró neutral *después que el rey Jorge había prometido a Francia que España, en caso necesario, mandaría 100.000 hombres armados para la defensa de París.*

CARLISTAS ILUSTRES



Excmo. Sr. D. Ignacio de Bellet

Marqués de Bellet de Mianes

Tengan en cuenta nuestros lectores que esta afirmación nuestra salió, según noticias, de labios de Lerroux cuando hizo, en París, las célebres declaraciones, y que el jefe radical las hizo *a consecuencia de un plan* que en su día conocerán los españoles y que hoy no puede hacerse público por... lo que se puede suponer.

Pero, dejando este triste detalle, insistimos en que Inglaterra nos trata como si fuésemos su feudo, una de sus colonias.

CARLISTAS ILUSTRES



El Marqués de Valde-Espina

Director General de Caballería Carlista en 1875

Cuando hace poco llegó al puerto de Barcelona el vapor «Montserrat», de la Compañía Trasatlántica, por sus viajeros y tripulantes nos enteramos con indignación de las arbitrariedades de que cruceros ingleses les hicieron objeto durante la travesía. La marinería inglesa armada invadió el «Montserrat» en alta mar, registrólo en todas sus partes, hizo formar a todo el numeroso pasaje entre fusiles y bayonetas, y quiso apoderarse a todo trance de 70 alemanes que venían a

España. La protesta enérgica del capitán del buque español impidió ese atropello en alta mar a nuestra neutralidad. Pero entonces el «Montserrat», pese a la general protesta de su capitán, tripulación y pasajeros, fué conducido por la fuerza al Canadá: y allí, en aguas inglesas, fueron desembarcados, también por la fuerza, los 70 pasajeros alemanes. Habían cometido el «crimen» de confiarse a la neutralidad española. Al vapor se le retrasó TRES DIAS en su viaje.

El telégrafo comunicó después nuevos atropellos de cruceros ingleses a buques españoles. Se ha confirmado en efecto que EN AGUAS ESPAÑOLAS de Canarias fué invadido y registrado el vapor «Villaverde» por la marinería del crucero británico «Highflyer», llevándose prisioneros a cuatro alemanes.

Y los pasajeros del correo interinsular, vapor «León y Castillo», llegaron alarmadísimos y con dos horas de retraso a Las Palmas, porque fueron detenidos por un crucero inglés A TRES MILLAS DE TENERIFE, invadido y registrado el vapor, obligando a desembarcar a un joven comerciante alemán de Tenerife, que se dirigía a Las Palmas para ventilar negocios. Y el propio «León y Castillo» fué detenido a cañonazos por otro vapor inglés armado en corso a tres millas del puerto de Galdar, cerca de la Gran Canaria. ¿Hay más atropellos, señores ingleses?

Nuestra neutralidad está bien declarada y sostenida. Y nuestros buques merecen el mismo respeto y gozan de los mismos derechos de inviolabilidad que el territorio patrio, mientras no naveguen por aguas de jurisdicción ajena. Son pedazos flotantes del solar español. Y si aquí pueden vivir tranquilos cuantos alemanes gusten ¿por qué no pueden viajar con toda libertad a bordo de buques españoles? ¿Con qué derecho los cruceros ingleses se dedican a violar el suelo PERFECTAMENTE NEUTRAL de esos vapores? ¿Por qué ese cinismo británico de llegar al registro de buques nuestros y a la captura de alemanes en aguas españolas? ¿Por qué calla el Gobierno, si hay declarado vandalismo?

El atropello inglés es manifiesto, y viene llevándolo y repitiéndolo hasta lo indecible, hasta lo inaguantable. No hay decoro patrio, si los gobernantes españoles consienten ni una vez su repetición.

Por eso preguntamos escuetamente: ¿qué advertencia ha hecho, qué reclamación ha formulado el ministerio Dato ante Inglaterra, por ese reiterado atropello a buques españoles, y a ciudadanos alemanes acogidos a nuestra neutralidad, y por los perjuicios que la «frescura» inglesa viene infiriendo a la navegación y al comercio españoles?

Creemos que el gobierno español, hasta hoy, no ha hecho ninguna, pero sí debiera hacerla por el propio decoro de nuestra nación.



Juegos de la Masonería

La «Gran Lógia» masónica de Roma ha dirigido a sus adeptos la siguiente circular, que prueba una vez más que la Masonería ha declarado, acatando la consigna dada desde París, una guerra feroz a Austria.

Dice así:

«Car.: Fr.: No es improbable que Italia también tenga que salir pronto de la neutralidad para descender al campo contra la secular enemiga el Austria y contra la Alemania del Kaiser.

»La guerra en que tomáramos parte sería una guerra santa en defensa no sólo de nuestros intereses comerciales e industriales, sino principalmente de la cultura y de las libertades de los pueblos latinos, amenazados por la funesta y bárbara opresión del militarismo alemán.

»Si este caso llega, deber de cada ciudadano, y especialmente de los jóvenes, será el de correr a alistarse en las filas de los combatientes, o prestar en otra forma su cooperación para hacerse cada vez más útil a la patria.

»Y así como los mas.: en el momento de recibir la Luz, afirman todos ser deber sacrosanto de cada hombre defender a la patria de toda clase de peligros que le puedan derivar de los enemigos, y principalmente de los extranjeros, así también es cierto que los que entre vosotros, Car.: Fr.:, puedan hacer memoria de lo que solemnemente afirmaron en sus testamentos (?), sentirán el deber de dar a los demás el buen

ejemplo. Por esto yo ruego a cada uno de vosotros, Car.: Fr.:, que conteste libremente a las preguntas contenidas en la hoja adjunta, que habrá de serme prontamente devuelta debidamente firmada.

»En la seguridad de que vuestra contestación será digna de nuestra Off.:, os doy las gracias y os transmito el tr.: fr.: saludo.—El M.: Venerable.—(Sigue la firma).»

Véase ahora el cuestionario, a dos columnas, una para las preguntas y otra para las contestaciones, y que merece especial atención:

Preguntas:—1.^a En el caso en que Italia tuviera que entrar en guerra contra el bloque de las potencias teutónicas, ¿estaríais dispuesto a prestar vuestro trabajo para el triunfo nuestro?

2.^a Hallándoos libre del servicio militar obligatorio, ¿estaríais dispuesto, habiendo posibilidad de hacerlo, a alistaros espontáneamente en las filas de los combatientes, aun cuando no existiendo cuerpos especiales de tropas voluntarias, deberíais ser incorporado al ejército regular?

3.^a Si no pudiérais, por razón de edad, de salud o de familia, empuñar las armas, ¿estaríais dispuesto a prestar vuestros trabajos en la Cruz Roja, en los hospitales que se establecieran en todas partes, o en cualquiera otro servicio indispensable en tiempo de guerra?

4.^a Con la contestación afirmativa a dos de las preguntas arriba formuladas, ¿os consideraríais obligado moralmente a acceder a cualquier llamamiento que se os pueda hacer?

Ciudad, firma, dirección.

N. B. Cualquiera que sea vuestra contestación, no olvidéis nunca que estáis obligados, por el juramento hecho, a mantener el más escrupuloso secreto, aun con vuestros F. F., acerca de cuanto se os acaba de preguntar.

La presente hoja habrá de serme prontamente devuelta. (Dirección y firma del Venerable).»

Todo esto es interesante y especialmente instructivo.



Hablemos de Servia

Poco, y no siempre con serenos juicios, se ha hablado de la intervención de Austria en la contienda, ya examinando su actitud diplomática antes de estallar el conflicto, ya el grado de su potencia militar, puesta a rudo contraste en el campo de la guerra.

La rápida sucesión de los hechos de esta última distrajo los ánimos del examen que los orígenes hubieran podido merecer, y así estamos, como en la propia vida sobre la haz de la tierra; que si no sabemos nuestro fin, no a ciencia cierta podemos ufarnos de conocer nuestro principio.

Hablemos, pues, de los orígenes, de las respectivas posiciones de Servia y Austria a través del tiempo, y sea el lector tan benévolo que nos siga con su aquiescencia en el breve relato histórico que vamos a emprender.

En 1371 se inicia la debelación de Servia bajo las armas turcas, que la subyugaron definitivamente en 1459. Al principio consiguió ser gobernada por príncipes de su raza y de su pueblo; pero bien pronto perdió su autonomía. Y fué Austria precisamente la que libró a Servia del yugo musulmán, bajo el mando del príncipe Eugenio.

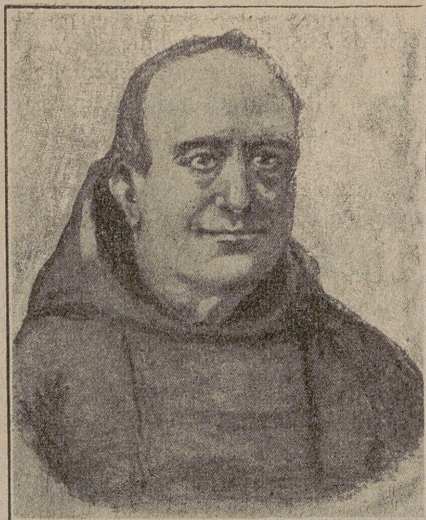
En la guerra de 1738 tuvo Servia ocasión de pagar aquel servicio, y lo pagó, en efecto, combatiendo con los turcos en contra de los austriacos.

En 1815, el porquero Miloch Obrenowich pudo vencer el dominio otomano, y dejando el pastoreo de sus cerdos por la dirección de sus conciudadanos, fué proclamado príncipe y jefe de una dinastía hereditaria en 1817. Justo es decir, sin embargo, que si desde tal fecha pudo Servia gozar de una cierta independencia, a la merced de Austria fué debida en primer término.

En 1842, aprovechándose de disturbios políticos que no hacen al caso de nuestra breve relación, Rusia apoyó la candidatura de Alejandro Georgewich, nieto del célebre Czerni Jorge, o Cara Jorge, que en 1804, al frente de un ejército por él reclutado entre montañeses y bandidos de los bosques, tomó Belgrado por asalto.

Y aquí es hora de señalar el sino trágico que sobre el

CARLISTAS ILUSTRES

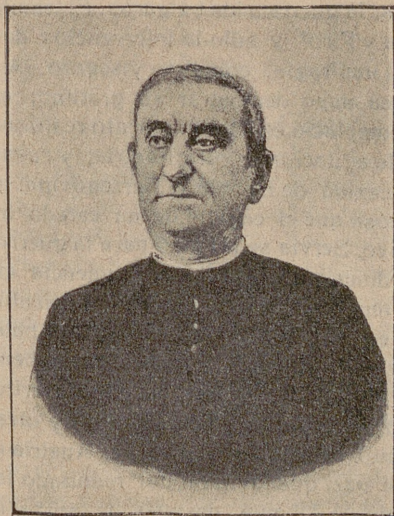


Fray Felipe Lopez Catalá

Fusilado en Valencia el 6 de Agosto de 1835 por los liberales. Al apuntarle los fusiles, gritó: ¡Viva la Religión! ¡Viva Carlos VI!

nombre de los Georgewich pesa en la Historia. Substituído Alejandro por Miloch, al que sucedió su hijo, éste fué asesinado por los partidarios del Georgewich en 1868; no fué proclamado Alejandro, sin embargo; pero el sino sangriento volvió a reventar sus recónditos odios en aquella escena brutal que costó la vida al hijo del rey Milano, a la reina Draga y sus dos hermanos, al ministro de la Guerra y al presidente del Consejo. Apenas lavada la sangre de las víctimas, un Georgewich se posesionó del palacio real de Belgrado, y ya en la extrema edad, el nimbo sangriento vuelve a ser orla de su corona, cuando, traspasando sus secuaces la frontera, asesinan al príncipe heredero de Austria-Hungría y a su au-

CARLISTAS ILUSTRES



M. I. Sr. D. Vicente de Manterola

Fué diputado a Cortes desde 1869 a 1872, cuando las Constituyentes. Pronunció brillantísimos discursos, que aun hoy se leen con vivo interés.

gusta consorte en Sarajevo y encienden la guerra actual con todas sus horribles consecuencias.

Cuando en 1878, obligada por las circunstancias, Austria-Hungría ejerció el mandato, que le fué conferido en el Tratado de Berlín, de ocupar y pacificar Bosnia y Herzegovina, Servia, secretamente apoyada por Rusia, se opuso a la misión austriaca. Fué precisa una nota enérgica de Austria para detener en firme entonces los preparativos militares de Servia.

La conclusión de un Tratado de comercio entre las dos naciones dió después ocasión a Servia para mejorar su hacienda, a pesar de la quiebra de un banco francés que había emitido un empréstito para construcciones ferroviarias.

Una revolución de la Rumelia oriental, desatada en anhelos de unirse a Bulgaria, fué aprovechada por Servia en 1885 para declarar la guerra a los búlgaros. El triunfo fué de éstos, en Silwnitza y Pirot, y sólo la intervención de Austria salvó a Servia del naufragio, completo y seguro. A pesar de ello, Servia nunca supo demostrar su gratitud; antes bien, su Prensa se complació en todo momento realizando constantes campañas de agitación contra Austria; y cuando en 1908 se efectuó la anexión de Bosnia y Herzegovina, que no significaba otra cosa que el cambio de un estado transitorio por otro definitivo, Servia se preparó para la guerra, y solamente a la extraordinaria moderación y prudencia exquisita de la diplomacia austriaca se debió el mantenimiento de la paz.

Cuando en 1912 estalló la conflagración balkánica, Servia volvió a dar muestras de su doblez, desatendiendo los deseos por Austria formulados a objeto de que el territorio del Sandjak, Nowibazar y la Albania no se violara, y otra vez la guerra estuvo a punto de estallar, y otra vez Austria dió prebas de su amor a la paz, que tuvieron por resultado la creación del nuevo Estado de Albania, después de largas negociaciones diplomáticas. A Servia se le concedió *la libre exportación de sus productos* por un puerto del Adriático. Con esta concesión, sus exigencias económicas debían quedar ampliamente satisfechas. Pero la campaña despiadada de exacerbación de odios y fomento de rencores contra Austria que desde entonces se ha seguido es la prueba más inequívoca de que no eran ansias de lícita mejora territorial y económica lo que Servia perseguía, sino desbordamiento amenazador de un militarismo inculto y bárbaro, que a todo trance aspiraba a poseer un puerto de guerra en el Adriático. Con la desmembración de Turquía, Servia había aumentado el doble su territorio y población, y lo que tanto como ese aumento significaba para la expansión de su vida, que era el acceso de sus productos al mar, por consentimiento de Austria, habíalo también conseguido. ¿A qué mayores pretensiones?

Es que detrás del cachorro, del osezno sanguinario, abotargado en los hielos del clima y de la incultura, rugía el oso grande del eslavismo, avivando sus torpes movimientos, para

lanzarse, rodando como un alud, en busca de una base naval en el Mediterráneo.

He ahí la madre... y no del cordero.



El Conde de Mun

Ha muerto casi de repente. No hace tres días que sobre las columnas de *L'Echo de Paris* sentía yo trepidar todavía el alma impetuosa del gran hombre. Sus últimos artículos eran como carga de Caballería sobre los tudescos invasores, como gritos de supremo aliento a la Patria desalentada, como plegarias encendidas por su pueblo. En ellos voleaba toda la queja que había en su alma de militar, de patriota y de creyente. Me hacía la impresión de un gran corazón dolorido, hecho ascua, retorciéndose y estrujándose en una llama trágica.

Pensando en él y en esa pléyade de grandes escritores que tan arduosamente trabajan por devolver Francia a Cristo, ¡cuántas veces he maldecido la guerra!, ¡cuántas he sentido compasión por Francia!

*
* * *

De la gran guerra prusiana nació todo el movimiento social católico francés. El Conde de Mun lo cuenta en su reciente libro *Ma vocation sociale*.

El era teniente de Caballería y ayudante del general Clembault. Los dos fueron llevados prisioneros a Aquisgran. Allí se encontró con el Marqués de La Tour de Pin, capitán ayudante del general Ladmirault, igualmente prisionero. La Tour y él se reunían todas las noches para confortarse mutuamente en su humillación y en su dolor desesperado y juntos se esforzaban obstinadamente en penetrar las causas de aquella catástrofe inesperada en que se había hundido su Patria. En aquellas conversaciones de dos oficiales prisioneros, grandes patriotas y corazones sanos, está el germen de todo el movimiento social de los católicos franceses y también el de toda su literatura social con que han adoctrinado a tantos pueblos. Unos meses después de aquel encuen-

tro que fijó una amistad y una colaboración fraternal de cuarenta años, el Conde de Mun fijaba su vocación social bajo la palabra encendida de Mauricio Maigner y ante los muros derrumbados de las Tullerías aún humeantes.

Eso nació de la primera guerra con los prusianos, ¿qué saldrá de la segunda?

*
*
*

El Conde de Mun era una de las primeras figuras del catolicismo en el mundo. Algunas de las cartas que le han dirigido los dos últimos Papas muertos han tenido la fuerza y la trascendencia de Encíclicas. Sus campañas parlamentarias y de Prensa, lo mismo que sus libros, han tenido resonancia en todos los continentes.

Sus mismos adversarios sentían por él un respeto rayano en veneración. Cuando hace unos años volvió al Parlamento, después de un largo eclipse obligado por una penosa enfermedad, se le recibió en triunfo, reconociendo en él, todos, no sólo el genio de la elocuencia, sino a una representación augusta del alma francesa.

La mayor parte de las leyes tutelares del trabajo con que se envanece Francia y que el socialismo cuenta como imitaciones de su organización, son iniciativas del Conde de Mun y de sus discípulos. Las presentó o las defendió él cuando los partidos avanzados no soñaban en ellas o las combatían como audacia revolucionaria.



El Año Jaimista

ALMANAQUE para 1915 (III de su publicación)

160 páginas profusamente ilustradas

8 páginas artísticas :: Magnífica cubierta en colores

Precio: UNA PESETA



El Conde de Mun, de familia tradicionalista, tradicionalista él mismo, partidario del Conde de Chambort y admirador de Luis Veuillot, era, por lo que tenía de social, un hombre del porvenir. Sus arengas recordaban la austeridad consecuente de la vieja tradición cristiana, pero tenían quizás por eso mismo valentías que desconcertaba, avances que parecían, y eran fundadamente, revolucioarios. Era en eso, como en tantas cosas, parecido en Vázquez de Mella.

Un día uno de sus discípulos pronunció un discurso en la Cámara. Era ministro el socialista Millerand, y al levantarse a contestarle, dijo:

—Reconozco que esa idea será idea del porvenir.

El conde de Mun, recogiendo esa confesión, interrumpió así:

—Confesad también que las ideas cuyo triunfo en el porvenir se augura, comienzan ya a triunfar en el presente.

*
* *

El Conde de Mun era muy accesible y despertaba sus simpatías entre los católicos españoles. Admiraba y quería a España. Cuando el anticlerical Caillaux nos hostigaba y amenazaba grotescamente, él nos defendía con elocuencia emocionante.

En varias ocasiones ha reconocido lo que debía al pensamiento español.

«Los iluminadores de mi pensamiento—dice—fueron José de Maistre, Bonald, Balmes y Donoso Cortés. Sus obras me lanzaron en el entusiasmo. Al leerlas me parecía oír la palabra de vida.»

Aun cuando no hayan podido recoger frutos tan jugosos de ella, ¡cuántos católicos españoles han tenido esa misma formación! Y quizá por eso nos fuera tan accesible y despertara en nosotros tan hondas simpatías.

*
* *

Inocencio Jiménez y yo le visitamos en París hace tres años. Al salir, nos dijimos regocijados: «—Está fuerte el maestro. Conserva aún su apostura militar, su voz potente, su imaginación fresca, su inteligencia como vuelo de águila, su corazón joven como cuando era coracero.»

CARLISTAS ILUSTRES



D. Juan de Goiry

Brigadier carlista

Comandante general de Vizcaya (1838)

Nosotros fuimos a verle como se va a ver un gran monumento o una maravilla de arte, una reliquia y a un apóstol que se va entre una nube de gloria. Y nos encontramos con un luchador que no se limitaba a darnos palabra de aliento, sino que nos hablaba de combatir a nuestro lado.

Combatiendo por su Patria y por su fe, ha muerto. Recemos por él y envidiemos su vida y su muerte, tan meritorias, tan plenas, tan gloriosas.

Severino Aznar

CARLISTAS ILUSTRES



D. Domingo de Egaña

General carlista

Asesinado en el Norte (1876)

La religión de los Jefes de Estado

Textos elocuentes

LOS ESTADOS UNIDOS: El jefe de los Estados Unidos ha publicado en el pasado Septiembre el siguiente documento:

«Considerando que grandes naciones del mundo han empuñado armas unas contra otras, y que la guerra lanza a la lucha millones de hombres, a quienes la prudencia de los estadistas no ha podido librar del terrible sacrificio;

Considerando que en este caso, como en otros, es nuestro privilegio y deber implorar consejo y auxilio al Dios Todopoderoso, humillándonos ante Él, confesando nuestra debilidad y falta de entendimiento que supla estas cosas;

Y considerando que es el deseo especial y el ansia del pueblo de los Estados Unidos de América servir en pro de la paz en oraciones, prudencia y amistad;

Por tanto, yo, Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos de América, designo el domingo 4 de Octubre próximo como día de oración y súplicas, y ruego a todas las personas temerosas de Dios acudan a los lugares donde se rinde culto, para que allí unan sus peticiones al Dios Todopoderoso, quien dominando el dictamen de los hombres, ordenando las cosas que estos no pueden gobernar o alterar, apiadándose de las naciones que se encuentran afligidas por el conflicto, con su bondad y misericordia, muestre un medio donde los hombres no encuentren ninguno; que Él otorgue a sus hijos la paz y restaure una vez más la concordia entre los hombres y las naciones, sin la cual no puede existir felicidad, ni verdadera amistad, ni ningún fruto edificante del trabajo o de la mente en este mundo; rogando también con este fin que perdone nuestros pecados, nuestra ignorancia de su santa voluntad, nuestra obstinación y nuestros errores, y que nos guíe por la senda de la obediencia a lugares de inspiración; ilumine nuestro entendimiento, purifique nuestros pensamientos y nos conceda sabiduría.

Todo lo cual atestiguo y firmo y hago que se estampe el sello de los Estados Unidos.

Dado en la ciudad de Vashington, a ocho días del mes de Septiembre del año de Nuestro Señor, mil novecientos catorce, y de la independencia de los Estados Unidos de América, ciento treinta y nueve.—(F.). *Woodrow Wilson*.—Por el presidente: *William Jennings Bryan*, secretario de Estado.»

FRANCIA: Las agencias y diarios franceses publican las siguientes gacetillas:

«M. Viviani ha dado cuenta a sus compañeros de Gabinete de varias peticiones colectivas, que tienden a que el Gobierno se haga representar oficialmente en rogativas públicas por Francia. Hízoles fijarse en que la legislación no permite

esto, pues si todos los cultos son libres, a tenor de la ley de 1905, esto impide que el Gobierno tome parte oficialmente en ninguna clase de manifestaciones culturales. Y el Gobierno ha aceptado este modo de pensar.»

El ministro de la Guerra ha publicado la siguiente circular:

«Se me ha avisado que, en ciertas formaciones sanitarias, algunas damas de la Cruz Roja habían distribuído medallas religiosas y objetos de piedad a los enfermos y heridos que están en tratamiento en esas formaciones. Tengo el honor de rogar a usted que se sirva recordar al personal de las Sociedades de asistencia la obligación tanto más estricta de observar una neutralidad absoluta en materia confesional, cuanto que los acontecimientos actuales han traído al territorio francés la presencia de tropas que pertenecen a cultos diversos. Ruégole, en consecuencia, que prohíba al personal hospitalario la distribución de emblemas o de insignias cualesquiera a los enfermos y heridos que se hallan en tratamiento en las formaciones sanitarias.»

ALEMANIA: El Kaiser decía en un memorable discurso en 1902:

«No olvidemos que la roca sobre la cual descansa el nuevo imperio alemán la fabricaron la sencillez, la piedad, la moralidad de nuestros antepasados. Dios quiso probarnos en los comienzos del pasado siglo y dejó caer su mano sobre nuestro país. La Providencia forjó el acero, templándole en el fuego de nuestra miseria hasta que el arma estuvo dispuesta.

Voy a comunicar a los dignatarios de la Iglesia aquí presentes una noticia que me llena de alegría. Yo envié a Roma al general Loe para que asistiera en mi nombre al jubileo del Santo Padre. Le llevaba mis presentes, mis homenajes, y en una conferencia particular le puso al corriente de las cosas de Alemania. El Santo Padre le respondió que tenía en muy alta estima la piedad de los alemanes, y particularmente del ejército germano. Y agregó, para que me transmitieran sus palabras, «que el país de Europa donde reinan todavía la disciplina, el orden y el respeto a la Iglesia; donde todos los católicos podían practicar libremente y sin trabas su religión, es el imperio alemán, y que esto se le debe al emperador».

Estas palabras me autorizan para decir que nuestras dos confesiones, viviendo una al lado de la otra, no deben perder de vista su objeto común: mantener y fortificar el temor de Dios y el respeto a la religión. Que nosotros seamos hombres modernos, que nos agitemos en esta o aquella esfera, no importa nada... El que no coloca la religión como fundamento de su vida está perdido. Yo también quiero, como conviene en este día y en este lugar, no hablar solamente sino prometer. Y he aquí mi promesa:

¡Señor! Yo deposito el imperio entero, todo el pueblo, mi ejército, simbólicamente representado aquí por mi bastón de mando; mi persona y mi familia, a los piés de la Cruz y bajo la protección de Aquel de quien el gran apóstol Pedro dijo: «No hay otra salvación ni otro nombre dado a los hombres para ser redimidos», y que afirmó de sí mismo: «El cielo y la tierra pasarán; mis palabras no se borrarán nunca.»

Plegaria guerrera del Kaiser:

«¡Dios Todopoderoso! ¡Padre celestial que amamos todos! A Tí, Dios de los ejércitos y de las batallas, elevamos nuestras manos suplicantes... Nosotros confiamos a tu corazón los miles de hermanos nuestros que has llamado al combate. ¡Conduce nuestras tropas a la victoria! Nosotros confiamos a tu corazón los heridos y los enfermos. Sé su consuelo y su fuerza, cura las heridas que recibieron por su patria. Nos-



El Año Jaimista

ALMANAQUE para 1915 (III de su publicación)

160 páginas profusamente ilustradas

8 páginas artísticas :: Magnífica cubierta en colores

Precio: **UNA PESETA**



otros confiamos a tu corazón a todos los destinados a morir en el campo de batalla. Ayúdalos en el postrer combate y dales la paz eterna. Nosotros confiamos nuestro pueblo a tu corazón. Conserva, santifica, aumenta el entusiasmo que nos inflama...

¡Dios y Señor nuestro! ¡Nosotros confiamos en Tí! Conducenos a la victoria. Llevamos tu santo nombre en nuestros estandartes y no cesaremos de implorar hasta que nos bendigas. Amén...»

¿Comentarios? Huelgan.



La intervención de Turquía

Todos los críticos, más o menos militares, de los periódicos, van comentando la intervención de Turquía en la guerra, y es curioso ver cómo mientras unos aseguran que lo quebrado de la Caucasia permitirá a los rusos defenderse con un puñado de hombres, otros afirman que, estando poco guarnecida aquella provincia, los turcos podrán invadirla rápidamente, obligando a los rusos a llevar importantes refuerzos de Polonia, en cuya región no podrán resistir a alemanes y austríacos.

La realidad es que se ignora todo lo referente a aquella región, y se busca un argumento para convencernos cada cual del triunfo del beligerante predilecto. Falta conocer los tres puntos principales, a saber: fuerzas de los turcos, fuerzas de los rusos y planos del terreno. Veamos lo que se puede conjeturar por datos y opiniones aislados.

El Ejército turco, antes de la última guerra balcánica, se solía considerar de 250.000 hombres en pié de paz y de 1.700.000 en pié de guerra, pero sin tener instrucción militar completa el millón. Desde entonces ha perdido Turquía muchos hombres, pero éstos han sido, casi únicamente, cristianos eslavos, muchos de los cuales no acudían al servicio, y otros, por su odio al agresor, eran elementos peligrosos, que constituían un semillero de líos y peligros; en cambio, concentrados los cuidados del Gobierno turco, desde aquella

CARLISTAS ILUSTRES



D. Juan Francesch

Coronel carlista muerto en la entrada en Reus (1872)

fecha, en las provincias asiáticas, antes muy descuidadas por la atención que exigían albaneses y macedonios, tiene que haber aumentado el reclutamiento en aquellas regiones, y como, por otra parte, la guerra tripolitana y la balcánica sirvieran de escuela práctica a muchos elementos de los que carecían de instrucción, parece que se puede admitir hoy el mismo número de hombres instruídos, es decir, unos 700.000, que en su mayoría están también fogueados y relativamente

CARLISTAS ILUSTRES



D. Juan de Parada

Coronel carlista (1.^a guerra) y Brigadier (2.^a guerra)

Fallecido en Burdeos, emigrado

aguerridos. Hombres sin instrucción no se puede calcular habrá, pues en países mal organizados, como aquellos, si la guerra se hace popular, pueden reunirse enormes masas que, si en la guerra contra Rusia no serán útiles en varios meses, pueden serlo mucho en Egipto.

De los hombres instruidos es de creer que 500.000 vayan a invadir la región caucásica, 100 a 150.000 hombres (según

la mayor o menor confianza del Gobierno en la neutralidad búlgara) quedarán, probablemente, en la Turquía europea, y el resto, mezclado con los contingentes que carezcan de instrucción, puede quedar para instruirlos, guarneciendo Siria y la costa árabe y sirviendo de base para operar contra Egipto, si también allí cunde la sublevación contra los ingleses, como es de suponer. Esa sublevación es de creer que tenga éxito, pues el Ejército inglés se compone de 6.000 europeos y 19.000 egipcios en tiempos normales, y no es de creer que ahora lo hayan disminuído, pero tampoco aumentado, dada la escasez de personal que en Francia y Bélgica siente la Gran Bretaña, y aunque ahora quiera reforzar algo el Ejército de Egipto, tendría que ser con gente poco instruída y mal preparada para una campaña, con lo que ésta resultará larga y penosa.

Más difícil es calcular las fuerzas que Rusia tiene en la Caucasia: en algún sitio he leído que son tres Cuerpos de Ejército; pero esto es una afirmación completamente gratuita, que acaso sea cierta, pero que carece en absoluto de fundamento serio. El estado mensual que con la distribución del Ejército publicaba en tiempo de paz el Estado Mayor ruso, se reducía a unos cuantos nombres que nada revelaban de la verdadera situación de las tropas: decía la residencia del E. M. de cada Cuerpo de Ejército, pero sin citar las tropas que componían este, y las Planas Mayores de los regimientos, sin precisar si éstos estaban reunidos o con destacamentos: figúrese el lector si en las presentes circunstancias habrá dejado translucir la composición de las fuerzas que tiene en regiones de cuidado, como la que nos ocupa. Es, pues, muy posible que tenga dos o tres Cuerpos allí, pero bien puede ser que solo tenga uno, o que tenga cuatro o cinco. Lo que sí podemos asegurar es que el llevar nuevas fuerzas no es fácil empresa, porque la red de ferrocarriles rusos es muy poco densa (en 1910 solo tenía 59.000 kilómetros, mientras que Alemania, con superficie diez veces menor, tenía 60.000 kilómetros de vía) y cuenta con escaso material de tracción, que en su inmensa mayoría tiene que estar al servicio del Ejército de Polonia para aprovisionamientos y evacuación de heridos y enfermos. Añadiendo lo apartado del Cáucaso, el

no haber desde Rostow más que un solo ramal de ferrocarril hasta Vladikawkas y que desde aquí ya no hay más medio de comunicación para pasar la cordillera que una carretera (aunque ésta es, acaso, la mejor de Rusia), se comprende la dificultad en enviar refuerzos rápidamente, y lo que esto facilita la acción turca.

Del terreno no conozco ningún plano detallado, ni creo que le haya; pero por los mapas corrientes y por las descripciones que he leído, parece que, a pesar de lo montuoso del terreno, el valle del Kura y la línea Eriwan-Alexandropol permiten con relativa facilidad llegar a Tiflis; poco más arriba empieza lo más fragoso de la cordillera, que es de facilísima defensa, si se cuenta con los naturales del país: según vimos antes, solo la atraviesa una carretera de 200 kilómetros, que va por el paso de Darial, a 2.431 metros de altura. Pero los habitantes de estas montañas son tribus tártaro-turcas, mahometanas y belicosas en sumo grado, sometidas a Rusia en 1865, después de 30 años de dura lucha: es de creer que en esta ocasión ayuden a los turcos contra el enemigo tradicional, en cuyo caso la defensa rusa de los pasos y desfiladeros puede durar poco, y tendrán que trasladarse a la línea de los ríos Tereck y Kuban, cuyos habitantes, cosacos descendientes de los célebres saporogos, estarán actualmente en Polonia combatiendo contra los alemanes y austriacos y pueden dar un disgusto si no les envían a defender sus hogares; no dejaría de ser interesante la lucha de esos cosacos con la caballería kurda que Abdul-Hamid organizó para ello, visto el excelente ganado y las condiciones de bravura y robustez de los inquietos kurdos.

Vemos que la invasión turca en Rusia no es ningún peligro despreciable; por eso parece extraño el telegrama que han traído algunos periódicos, referente a la entrada de los rusos en Turquía: si esas fuerzas, que no es de creer sean muy numerosas, sufren una derrota, se acelerará la invasión de la Caucasia por los turcos, que engrerdos por una victoria, arrollarían todo y arrastrarían por delante al Ejército ruso; en cambio, aunque éste tuviera alguna victoria, no podría sacar de ella el fruto debido por no poder abandonar, sin defensa, su propio país. Parece, pues, que los rusos no de-

bieran salir de la defensiva, que es el único medio racional de guerrear en sus circunstancias.

Como se ve, prescindo en absoluto del levantamiento de la población mahometana de Rusia, que, aunque posible, no considero probable: su importancia sería enorme no sólo por el número y calidad de tártaros y kirguises que intervendrían sino porque estos últimos son los principales ganaderos del país, y su alzamiento haría escasear la carne e impediría reponer el ganado perdido en campaña, especialmente a la caballería cosaca. Pero aún sin eso, si los turcos, dirigidos ahora por buenos oficiales alemanes, toman ventaja al principio, no tardarán en pasar a Ciscaucasia, y el Gobierno ruso tendrá que mandar contra ellos contingentes sacados de occidente, donde quedará muy comprometida su situación ante un enemigo más temible cada día, porque los austríacos van cobrando nuevos bríos, y, luchando con más ánimos, van haciendo retroceder a los rusos, aunque éstos hayan logrado alguna ventaja en los puntos en que los alemanes tienen más débiles sus líneas. ¡Quién sabe si «el hombre enfermo», que desde 1912 parecía poderse llamar el «hombre moribundo», acelerará la derrota del coloso moscovita, cuya fuerza tanto admiraban franceses y afrancesados!

El buen Gaufrido.



Bélgica y el derecho

«Al oponerse al pasó del Ejército alemán—dice la *Vossische Zeitung*—, los belgas se han colocado fuera de la ley y han violado el derecho de gentes...» La teoría es estraña, inesperada. Constituye, en la esfera del derecho, una sorpresa así como la que, en la esfera militar, constituyeron los obuses de 42 centímetros al comienzo de la guerra... Alemania es un país formidable. No sólo tiene los cañones más grandes del mundo, sino que tiene también los juristas más grandes del mundo; no sólo puede invadir militarmente un país pacífico, sino que puede asimismo invadirlo legalmente. Tras sus

proyectiles, Alemania lanza sus libros, libros de gran calibre, enormes y pesados, que lo arrasan todo...

Según la *Gaceta de Voss*, el derecho de los países neutrales a la inviolabilidad de su territorio no es un derecho absoluto. Es un derecho semejante al derecho civil de la inviolabilidad del domicilio. Ahora bien; si la Policía entra en una casa para perseguir a un malhechor y el inquilino trata de oponerse con las armas en la mano al paso de la Policía, este inquilino es considerado como un criminal o como un loco. Y tal es, según la *Gaceta de Voss*, el caso de Bélgica.

Los razonamientos de la *Gaceta de Voss* no son tan simplistas como pueden parecer a primera vista. Están expuestos en un lenguaje científico, con citas latinas y todo lo necesario. Por mi parte, ni los acepto ni los rechazo—yo no creo en el derecho internacional—: pero me parece interesante reproducirlos.

El Ejército de un país neutral—añade la *Gaceta de Voss*—debe servir para dos cosas: mantener el orden interior y rechazar las fuerzas invasoras; pero no las fuerzas que quieren pasar para atacar a un enemigo que se encuentra al otro lado, sino solamente aquellos que pretendían invadir el territorio con fines de conquista. «Emplear el Ejército para impedir el paso de un beligerante a través del territorio neutral—dice la *Vossische Zeitung*—, matar para que no se pase, es contrario, no sólo al derecho internacional, sino también al derecho natural.» Los países neutrales pueden reclamar indemnizaciones cuando un pasaje de tropas les ha causado perjuicios; pero no pueden empuñar las armas y lanzarse a la guerra.

No pueden lanzarse a la guerra, porque precisamente la primera condición de la neutralidad de un país se basa en el deber contraído por este país de no mezclarse a las luchas de otras potencias. Bélgica ha faltado a este deber y ha quebrantado su neutralidad. Es decir, que la neutralidad de Bélgica no ha sido quebrantada por nadie más que por ella misma.

Esto dice la *Gaceta de Voss*. Parece que en Roma se ha publicado recientemente un folleto sosteniendo la misma teoría, la teoría de la autoviolación belga.

Y es que Alemania, como se ve, estaba preparada para la guerra en todas sus fases. Estaba preparada para la guerra

CARLISTAS ILUSTRES



D. Rafael Alvarez

Ultimo Comandante General Carlista del Maestrazgo

campal, para la guerra aérea, para la guerra marítima, para la guerra submarina y para la guerra sobre el papel, que no es, por cierto, la menos importante de todas.

Julio Camba.



El «Taube»

El «Taube», que en español quiere decir «paloma», ha resultado mucho más útil a los alemanes que todos sus colosales y costosos «Zeppelin».

Los relatos de la guerra nos dicen que continuamente vuelan «Taubes» sobre las posiciones de los aliados y que los pilotos de aquellos indican a los alemanes la dirección del tiro.

Los aviadores ingleses se ven continuamente obligados a terribles duelos aéreos con estos admirables y ligerísimos

CARLISTAS ILUSTRES



D. Rodrigo de Medina

Ayudante de Carlos VII en 1906

monoplanos. Los «Taube» son todos de acero y cuando están en el aire parecen de veras palomas rígidas y extendidas.

Para el servicio militar el «Taube» se pinta de azul fuerte en tal forma, que cuando está en el aire difícilmente se descubre bajo el fondo del cielo.

A excepción de unas pocas máquinas voladoras—construídas casi todas por vía de prueba—, todos los monoplanos alemanes son del tipo del «Taube». Al principio de la guerra Alemania poseía cerca de 700 de estos aparatos, pero muchos de ellos eran ya viejos, e inútiles, por lo tanto, para realizar los fatigosos «raids» de la guerra.

La historia del «Taube» es un poco poética. El primer aparato fué diseñado por un millonario austríaco llamado Ettrich, de quien se dice que había querido reproducir en las alas de los monoplanos la forma de las hojas de un árbol de la India, la Zanonía, cuyas hojas observó que permanecían largo tiempo

suspendidas en el aire] cuando se desprendían del tallo, y con gran facilidad y en giras amplísimas eran transportadas por el viento a muchos kilómetros.

Ettrich supuso que su forma debía contribuir a darle agilidad y ligereza.

Las alas del «Taube» fueron, pues, dibujadas a semejanza de las hojas de *Zanonia* y solo después sufrieron algunas modificaciones que le dan parecido con las alas de una paloma.

El millonario austríaco hizo construir su modelo y lo transportó a Alemania, donde fué adoptado como monoplano-tipo para las operaciones militares. El «Taube», como hemos dicho, está construido de acero y va provisto de un aparato que le permite elevarse sin la ayuda de nadie. Así, si un «Taube» se ve obligado a aterrizar, puede emprender de nuevo el vuelo con mucha facilidad.

Los motores usados por los «Taubes» son de marca Beus y Mercedes y tienen una fuerza varia, pero considerable. En ocho minutos puede elevarse a una altura de 1.000 metros, con un peso de 300 kilos comprendido el del piloto y un pasajero.

Puede sostener un vuelo de más de seis horas, recorriendo una distancia de 420 millas.

Los aereoplanos alemanes, a veces, parecen en el aire una flecha, por lo que los ingleses dicen con cierta complacencia que su tipo de biplano está copiado del inglés. En efecto, el teniente británico Dunne fué el inventor del biplano en forma de flecha; pero, mientras Inglaterra fué la primera en hablar de él Alemania fué la primera en adoptarlo para usos militares. Al principio de la guerra, Alemania poseía cerca de cien biplanos de flecha, que, junto con 200 «Taubes», constituían el operario de la flota aérea alemana. Los biplanos también son de acero, y, como tienen mayor fuerza a pesar de su peso, son más veloces que los «Taubes».

En cuanto a hidroplanos, Alemania no tiene muchos: unos 50 en junto, cuyo modelo está tomado de los hidroplanos ingleses.

De todos modos, las flotas aéreas han aparecido en sus efectos menos terribles de lo que se suponía.

La clave de nuestra política internacional

Síntesis

No puede haber nación sin territorio fijo. Las naciones modernas no están compuestas de tribus nómadas.

No hay Estado sin soberanía independiente sobre un territorio determinado. Si otro poder extraño ejerce jurisdicción sobre ese territorio o cercena esa soberanía, no existe propiamente un Estado, sino un feudo o una colonia.

La posición geográfica impone una gran parte de la historia, y su defensa, la política internacional de un Estado.

La historia varias veces secular de un pueblo en sus trazos generales, obedece a un plan que depende del espíritu nacional más que de la voluntad mudable de sus políticos. Con frecuencia, son más dirigidos por los antecedentes históricos que directores de sus consecuencias.

Un pueblo que prescinda de su geografía y se divorcie de su historia, es un cadáver moral que sólo tiene derecho a que los demás pueblos le abran la fosa y lo entierren.

Luego el Estado tiene el deber imprescindible de mantener su *autonomía geográfica*, y si la ha perdido poner todos los medios diplomáticos y militares para reconquistarla.

Todos los Estados comprenden este deber y lo proclaman, y cuando lo olvidan las naciones, lo recuerdan con agitaciones y sacudidas patrióticas.



El Año Jaimista

ALMANAQUE para 1915 (III de su publicación)

160 páginas profusamente ilustradas

8 páginas artísticas :: Magnífica cubierta en colores

Precio: UNA PESETA



En las naciones modernas el movimiento panslavista revela que Rusia quiere dilatar su territorio tanto como las variedades de la raza eslava. El pangermanismo muestra cómo Alemania no considera completo su territorio mientras no congregue bajo las alas triunfantes del águila germánica a las tierras que habitan los pueblos de su sangre.

Las incipientes nacionalidades balcánicas, vueltas a la vida después de una servidumbre más que secular, quieren completar sus territorios con fragmentos del Imperio turco y austriaco.

Grecia reivindica las islas que al través de la dominación turca conservan el sello de su raza.

Italia considera irredenta a Córcega, a Niza, a Saboya y a Trieste, y Francia está envuelta en la guerra porque se considera mutilada, y ha hecho de la reconquista de dos provincias que antes arrancó ella a Alemania, el eje de su política internacional.

Hasta sobre las frías orillas del Báltico arden las nacionalidades indígenas de *finlandeses, esthes, letones y lituanios*, como ascuas que no ha podido apagar el hielo de la dominación moscovita, y que quieren juntarse y formar hogares propios, y no sobre tierra sometida.

Panslavismo, pangermanismo, panhelenismo, irredentismo, revancha, acrecentamientos balcánicos, autonomías balcánicas..., son proclamaciones nacionales del sagrado derecho a la independencia geográfica.

No hay una nación en Europa que tenga una posición geográfica mejor definida que España. Parte de su raza se extiende por la vertiente francesa del Pirineo, pero nadie le puede disputar el territorio peninsular, aunque una parte esté separado políticamente y por influencia extraña, y no por obra propia.

España tiene una posición única entre Europa y Africa, entre la puerta mediterránea de Asia y la salida de la gran corriente central para América. El Estrecho de Gibraltar es el punto geográfico más importante del planeta. El Kattegat y el Skagerrak dan entrada a un mar interior que la mitad del año es un témpano; el Canal de Suez es una filtración del Mediterráneo que el cargamento de un buque atravesado

puede cortar; el de Calais no impide la circulación por el Norte de Inglaterra; el de Panamá une dos océanos, pero ninguno relaciona, como el Estrecho, cuatro Continentes.

Dominar el Estrecho de Gibraltar es tener la entrada y la principal salida del mar de la civilización. Es poseer el punto geográfico mejor de la tierra, es ejercer influencia soberana y ser potencia de primer orden.

Para dominarle, España no necesita más que una cosa: no dejarse robar.

Es un mar territorial, porque se cruzan los proyectiles lanzados desde sus costas, y ahora pueden ya atravesarlo los que se lancen en tres sitios y desde una sola. ¿España domina en el Estrecho? No. ¿Debe dominar? ¿Qué necesita para dominarle? Ejercer en las dos costas su soberanía, la que tiene, la que ya posee, porque esa sola le basta.

¿Quién se lo impide?

Inglaterra, que está en Gibraltar, parte integrante del territorio peninsular usurpada contra todo derecho en una guerra europea, Inglaterra, que le impide fortificar a Punta Carnero y a Sierra Carbonera y los baluartes de la bahía de Algeciras, como San García y los Adalides. Y que también pone su veto para que lo haga en la isla Peregil y Paloma y en la Punta Cires y en toda la costa africana.

Inglaterra niega nuestra independencia geográfica, mutila nuestro territorio, cercena nuestra soberanía, nos impide levantarnos y ser gran potencia. España tiene en los dos soportes de su escudo, en las columnas de Hércules, y en forma heráldica, la expresión de su política internacional.

España tiene derecho a su independencia geográfica y al dominio del Estrecho. Inglaterra se lo niega. Luego España, mientras esa mutilación subsista, no puede ser aliada de Inglaterra sin ser imbécil y suicida. Luego debe tener simpa-

Retratos en tricromía de Don Jaime de Borbón

en finísima cartulina (19 por 12 centímetros), con un extracto de la biografía de nuestro Augusto Caudillo.

A 20 céntimos uno y a 15 pesetas el cien.

CARLISTAS ILUSTRES



El Marqués de Valde-Espina

Presidente de la Diputación Provincial de Guipúzcoa

tía a los que sean enemigos de su enemiga y mientras lo sean.

Si Alemania se une mañana a Inglaterra y la apoya para que siga negando nuestros derechos geográficos, seríamos enemigos de Alemania, porque no podemos ser amigos de los auxiliares de nuestros verdugos.

Si Francia rompiese alianzas con Inglaterra y fuese su enemiga, mientras no chocasen nuestros intereses opuestos en el Mediterráneo, seríamos amigos de Francia.

¿Es esto ser francófilos y germanófilos? Es tener dos cosas que cada día menguan en la España parlamentaria: sentido común y patriotismo.

Es aplicar a la política internacional aquel viejo apotegma que hace muchos siglos formuló casi en estos términos la sabiduría oriental: se debe tener por amigos a los enemigos

CARLISTAS ILUSTRES



D. Juan Perez Nájera
General Carlista

de nuestros adversarios, y por enemigos a los que sean sus amigos y mientras lo sean.

En suma: Con Inglaterra, usurpadora del Estrecho, nunca, Con los que la combatan y mientras la combatan, sí, y con los que se separen de ella, también.

Esta es la clave de nuestra política internacional, norma rígida impuesta por la geografía y la historia de España sobre todos nuestros actos.

Muchas veces hemos oído a Don Jaime exponerla así y aplaudirla cuando nosotros la propágábamos, reflejando su pensamiento.

Y mientras Inglaterra esté sentada insolentemente sobre nuestro territorio y nuestra soberanía, seguiremos defendiendo esa política. Y si llega el caso que ansiamos de sostenerla con la fuerza, no vacilaríamos en rubricarla con la sangre.

Juan V. de Mella

La obra de los socialistas

Los socialistas alemanes han ido a Bruselas para estudiar las bases de una nueva organización obrera, bajo la protección del Imperio; han tratado de que la vida fabril y económica en aquellos lugares del territorio belga que la guerra haya hecho menos destrozos renazca; han querido saber cuáles medios podrían pedírsele al Gobierno de Berlín para que la situación del proletariado se mejore. El propósito de los socialistas alemanes era poner remedio a la miseria y al hambre que se ciernen sobre toda Bélgica a causa de la paralización del trabajo; pero tal pensamiento ha parecido a los socialistas franceses una estratagema artera, una manifestación más de la política bárbara y militarista alemana.

Según los socialistas franceses, los trabajadores belgas deben seguir cruzados de brazos, como protesta a la invasión de su pueblo, aunque esta protesta signifique el peligro de morirse de hambre y de ver morir a sus hijos y mujeres de inanición. Estos socialistas franceses que tienen dos de sus compañeros en las poltronas ministeriales, que siguen publicando sus periódicos y manteniendo el armatoste de su internacionalismo después del fracaso reciente, comprenden que si en Bélgica renaciera la actividad productora bajo el Gobierno de las autoridades militares alemanas, podría darse el caso de que la invasión tomara caracteres de anexión. Para evitar esto, los socialistas franceses aconsejan a sus camaradas de Bélgica que no se dejen convencer por los argumentos de los socialistas alemanes, que mantengan vivo el espíritu de rebelión contra los invasores, que no cojan un martillo ni un arado aunque no tengan un bocado de pan que llevarse a la boca. Porque ese es el error o la mala intención de los socialistas de Francia; la huelga de los trabajadores belgas no perjudica a las tropas del Kaiser, cuyos hombres están alimentados y vestidos por cuenta del Tesoro alemán. A quienes interesa que la vida económica de Bélgica se continúe después del paro forzoso durante los días de los combates es a los propios belgas, faltos de recursos frente al invierno que se avecina.

Y si los socialistas franceses, bien por suscripciones o porque consiguieran fondos del Tesoro francés, enviaran a

sus compañeros belgas miles de francos, al mismo tiempo que les dan el consejo de no trabajar, respetaríamos su propaganda. Pero no es así; antes al contrario, todavía no hemos leído una protesta socialista francesa contra el cruel sistema adoptado por los aliados no permitiendo que lleguen víveres de países neutrales a los pobres habitantes de las regiones belgas invadidas. Ha sido preciso que un capitalista, un odioso capitalista y explotador, M. Rockefeller, se acuerde de que hay en Bélgica millares de niños y de mujeres que sufren de hambre, y que haya enviado un barco con 4.000 toneladas de víveres para ellos. Pero es que los socialistas franceses, como los burgueses, piensan que si los infelices belgas tienen que comer, no serán un conflicto para los invasores; si hay pan para los hombres y leche para los niños, acaso se acostumbren a la idea de ser súbditos del Kaiser, y esto es lo que hay que evitar a todo trance, aunque las calles de Bruselas, de Lieja, de Namur y de otras poblaciones belgas vean pasar procesiones de hambrientos. Todo lo que sea entorpecer el funcionamiento del régimen—temporal o definitivo—alemán en el pequeño reino regocija a los socialistas franceses, sin que la visión de la miseria cerniéndose sobre los pobres belgas les asuste. Se comprende la inquietud de los socialistas franceses cuando ven que los socialistas alemanes consiguen de su Gobierno imperialista que conceda créditos y medidas excepcionales para mejorar la situación del pueblo belga. A los aliados les conviene que la fama de bárbaros y de hordas que han dado al pueblo alemán no se desmienta; que nadie vea el espíritu de organización y de iniciativa de los alemanes aun en el pleno período de la guerra, y estamos seguros que estos internacionalistas franceses sentirían gran cólera y mayor odio a los alemanes si supieran que el pueblo belga entraba en las vías de la normalidad, gracias a las medidas adoptadas por consejo de los socialistas prusianos, que si tuvieran noticias de una degollina de niños por los soldados del Kaiser. Lo primero perjudicaría a sus intereses, y lo segundo los beneficiaría.

¡Son graciosos estos socialistas franceses! Ellos, que hablaban antes de la hermandad entre los hombres, que predicaban la desaparición de las fronteras, en cuanto esta her-

mandad y esta desaparición no conviene a Francia encuentran que son cosas odiosas, merecedoras del sacrificio ajeno, para que no existan.

Antonio Azpeitua



Las grandes guerras

La guerra de hoy que de europea amenaza convertirse en mundial por la intervención del Japón, no tiene ejemplo en la historia; y sus consecuencias, que no se pueden prever, han de ser de inmensa trascendencia. Hoy las batallas duran días, porque a la antigua *batalla-maniobra* ha substituido la *batalla-operación*, dilatándose tan enormemente el frente de los ejércitos, que es imposible la unidad de mando, siendo substituido el empuje arrollador de una masa por el movimiento inteligente de las tropas en fuego. No se libra una batalla sino muchas a un tiempo, y puede suceder que el que tácticamente ha sido vencedor, sea vencido estratégicamente. Y lo que importa es lo último, esto es, que la operación proyectada se realice.

Hemos buscado en los tiempos antiguos algo que se parezca a los de hoy, y no lo hemos encontrado ni siquiera remontándonos a las épocas más remotas. Cuando las famosas guerras médicas combatieron en Maraton cien mil persas, que fueron derrotados y pudo darse por terminada aquella campaña. Jerjes lanzó un millón de hombres contra Grecia, millón que entonces significaba una enormidad, pero que nada es comparado con los millones que hoy están en armas. Aquella expedición fracasó.

En tiempo de la república romana los cimbrios y teutones, en número de 300,000, invadieron las Galias y destruyeron cinco ejércitos romanos; pero Mario destrozó a los teutones en las dos batallas de Aix; luego fué en busca de los cimbrios y los aniquiló en la de Vercell. La invasión fué contenida y terminó la guerra, mientras que batallas como las que ganó Mario no influyen de una manera decisiva en el resultado de las operaciones.

La invasión de los bárbaros en tiempos de la decadencia del imperio romano, perturbó al mundo, como la actual guerra. Llegaron hasta a poner sitio a Constantinopla, en cuyo auxilio la Emperatriz Dominica llamó a los árabes, que la salvaron; pero les había enseñado el camino de Europa. El español Teodoro, elevado al imperio, derrotó a los godos, les convirtió en auxiliares y restableció el poderío de Roma; pero al morir volvió la decadencia; Roma entró en el período agónico, y la invadieron los visigodos mandados por Alarico, derrotado en Pollencia por Estilicón, y luego Radagasto, también vencido cerca de Florencia. Pero aquellas derrotas nada resolvieron, pues tras los visigodos vinieron los alanos, suevos, vándalos y burgondos, que cubrieron de sangre y ruínas España y las Galias. Alarico volvió a Roma y la tomó. Las multitudes bárbaras no acababan: derrotadas unas, aparecían otras; como hoy nuevos contingentes llenan los huecos que han dejado los que han caído en el campo de batalla, para volver a empezar.

Poco después aparece Atila, el azote de Dios, el que decía que donde pisaba su caballo no volvía a crecer la hierba. Capitaneaba a medio millón de hombres de cara huesosa y piel cetrina, ojos pequeños, orejas grandes y abiertas, nariz ancha y aplastada; tan bárbaros entre los bárbaros que de ellos se dijo que eran bestias con dos pies. Bebían la leche de sus yeguas, comían carne macerada en las sillas de sus caballos, cuya sangre les servía de bebida cuando no tenían otra. Aquella muchedumbre de fieras, inmensa para aquellos tiempos, fué derrotada en los campos Catalaunicos, y Atila se vió obligado a retirarse. La invasión hunica pertenecía ya a la historia.

Los árabes cayeron sobre España e intentaron penetrar en las Galias, numerosos como arenas levantadas por el *simún*. Una batalla, la del Guadabeque, vulgarmente llamada la del Guadalete, les permitió afirmar su poderío en España, pero la de Poitiers, ganada por Carlos Martel, les cerró el paso de las Galias. Durante la guerra de la Reconquista se dan sangrientas batallas, como la de las Navas, la del Salado, entre otras muchas, en las que toman parte grandes contingentes, batallas de las que depende la suerte de la

campana; mientras que ahora no sabemos si el éxito se decidirá cuando el mundo esté anegado en sangre.

Para encontrar algo parecido a lo que con horror presentamos, hemos de fijarnos en las guerras napoleónicas. Contra Bonaparte se formó la primera coalición europea, en la que entraron Rusia, Austria, Inglaterra, Suecia y Nápoles pero Napoleón derrotó a los aliados y ganó la célebre batalla de Austerlitz, quedando deshecha la primera coalición.

La segunda la formaron Inglaterra, Rusia y Prusia, que Napoleón aniquiló en Jena Eylau y Friedlan, firmándose la paz de Tilsitt.

Napoleón, perturbado por el éxito, que le hizo creer que nada podía oponerse a su poderío, cometió la grave falta de invadir traidoramente a España y a su vez siguió una ingrata y desatentada conducta con el Papa Pio VII, lo que le enajenó simpatías y minó su poder, precisamente cuando parecía que había llegado al apogeo. Napoleón fué un genio, pero la loca fortuna le cegó impidiéndole ser político sagaz y previsor.

Su última falta fué la campana de Rusia, que invadió con medio millón de hombres. ¡Qué significan ante los millones que hoy están en campana! Los rusos, vencidos en los campos de batalla, le aniquilaron con su patriotismo, que llegó a la locura al pegar fuego a Moscou. En Waterlloo recibió el golpe definitivo, y fué llevado a Santa Elena, aislado en la inmensidad del mar, a meditar las consecuencias de sus faltas.

¿Quiénes serán los que tengan que meditarlas terminada la guerra actual?



El Kaiser.—Su nacimiento

Guillermo II es la figura de más relieve en la conflagración que se llama europea, pero bien puede ser calificada de mundial; y hay que convenir en que antes de la guerra su personalidad se imponía y fijaba las miradas de Europa. Muchas obras se han publicado para darlo a conocer, pero como en

los países latinos vemos lo extranjero a través del vidrio francés, no nos atrevemos a asegurar que el color del Emperador de Alemania sea del cristal con que se mira; mas resulta que a pesar de la enemiga y de que el relato tiene por lo regular el carácter de mera charla de tertulia de desocupados, no se niegan las cualidades de Guillermo II, por la sencilla razón de no ser posible. No nos proponemos hacer un estudio del Kaiser, sino narrar algo de su vida por sentir todos el deseo de conocer de ella detalles.

La venida al mundo del actual Kaiser, primer hijo del príncipe Federico y de la princesa Victoria, hija de la Reina de Inglaterra, fué un acontecimiento, porque hacía veinte años que no había habido ningún nacimiento en la familia de los Hohenzollern, reinante en Prusia. El príncipe Regente al saber que tenía un nieto, no pudo dominar sus deseos de verlo; dejó al ministro con quien despachaba, no esperó a que en palacio le preparasen un coche, y tomando el primero de punto que encontró, ordenó al auriga que se diera prisa, y se fué a la residencia de su hijo. El mariscal Wrangel cuéntase que dijo a los berlineses que se habían situado delante del palacio del príncipe Federico afanosos de noticias:

—¡Bien va! ¡Es un recluta de los más robustos!

En Alemania, mucho antes que en las demás naciones se estableciera el servicio general y obligatorio, todos nacían



El Año Jaimista

ALMANAQUE para 1915 (III de su publicación)

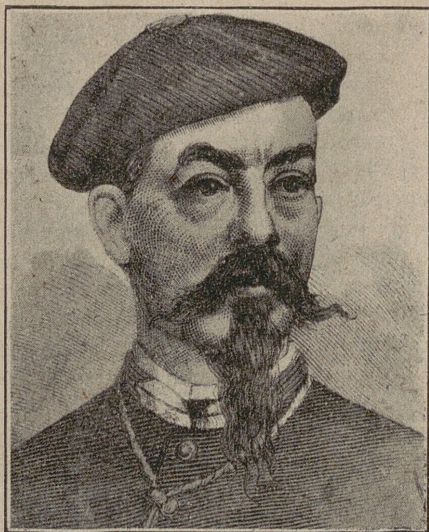
160 páginas profusamente ilustradas

8 páginas artísticas :: Magnífica cubierta en colores

Precio: UNA PESETA



CARLISTAS ILUSTRES

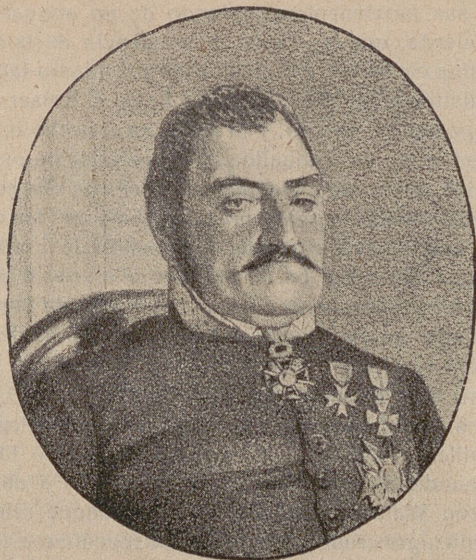


D. Angel Villalaín

Brigadier Carlista; muerto en la acción de Monlleó (1875)

reclutas, comenzando por los hijos de la familia reinante; y como es el país de la disciplina, que es la primera manifestación de estar civilizado un pueblo, a los berlineses les pareció muy natural que el mariscal Wrangel dijera, no que era un príncipe de los más robustos, sino un recluta. Que era un recluta, era verdad, pero distaba tanto de serlo de los más robustos, que si no hubiese nacido para suceder en el trono, se hubiera declarado inútil en el servicio de las armas al que hoy está al frente de tantos millones de soldados en esta guerra que por los medios de combate que se emplean ha de ser, más que bárbara, salvaje; guerra en la que no se ganan batallas: se arrasan fuertes, se destruyen ciudades y se matan los hombres sin verse, pareciendo el éxito reservado al que más mate en igualdad de tiempo.

CARLISTAS ILUSTRES



D. Bartolomé Porredon (a) Ros de Eroles

Brigadier Carlista asesinado en Cataluña (1847)

Al nacer el príncipe, su madre se encontró tan mal que los médicos lo abandonaron todo para asistirle, y también la comadrona; y cuando ésta volvió al recién nacido, le halló inmóvil, no logrando reanimarle los médicos. La comadrona empezó a golpearle con una tohalla mojada, y al fin la criatura dió señales de vida por medio de un débil gesto. Hasta tres o cuatro días después no se observó que la articulación del codo izquierdo estaba desconyuntada, aunque la cosa no hubiera tenido importancia tratándose de un niño robusto; los médicos no se atrevieron a intentar la operación por el estado del brazo. Estaba éste mal conformado, y resultaba débil toda la parte izquierda del cuerpo. Los que han visto al Kaiser podrán suponer que la debilidad ha desaparecido, pero dícese que subsiste, y que si no se nota se debe a que Gui-

lermo II presenta aspecto de viveza y agilidad porque atiende siempre a sus movimientos cuidando de no apoyarse en la pierna izquierda, que no tiene la resistencia de la derecha. Por la misma causa se resiente el oído del mismo lado.

Para disimular el defecto, suele llevar el Kaiser el brazo izquierdo pegado al cuerpo, y la mano en el pecho o sobre la cadera cuando monta a caballo. El Emperador no puede servirse apenas de la mano izquierda, y si con ella sujeta las riendas de su caballo lo guía con la derecha o con las rodillas. El defecto hubiera sido causa de declaración de inutilidad del recluta anunciado a los berlineses por el mariscal Wrangel, pero no lo fué para gobernar y ceñirse la corona imperial; y hay que añadir que la prosperidad de Alemania ha demostrado que no lo era.

El Kaiser vino al mundo el 27 de Enero de 1859, en circunstancias muy especiales, pues el Soberano de Prusia, Federico Guillermo IV, hijo de Federico Guillermo III, cuyos ejércitos mandados por Blucher contribuyeron a aplastar a Napoleón en Waterloo, estaba loco, y aunque reinaba de nombre, quien gobernaba como príncipe regente era el abuelo del actual Kaiser, que más tarde fué el Emperador de Alemania Guillermo I. Ya hemos dicho que cuando vino al mundo hacía veinte años que no había habido ningún nacimiento en la familia de los Hohenzollern reinante en Prusia, de modo que fueron cosa extraordinaria para los berlineses los ciento y un cañonazos que les anunciaron el acontecimiento.

Cuando su abuelo pasó de príncipe regente a ser Rey de Prusia, contaba 64 años y tenía el firme propósito de aumentar la fuerza militar; pero se encontró con una oposición tan formidable, que llamó al ministerio a Bismarck, que tenía voluntad de hierro. Nadie podía sospechar que aquel Monarca de edad avanzada, y aquel ministro que no era joven, resucitasen el imperio creando la unidad de Alemania; ni tampoco se podía sospechar que aquel recluta, que hubiera sido declarado inútil como soldado, se convirtiese en el Kaiser Guillermo II.



Irlanda, contra Inglaterra

¡Irlanda! ¡Verde Irlanda! ¡Católica Irlanda! ¡Alégrate en medio de tu humillación y de tu servidumbre!

Donoso Cortés

La isla de los santos, de los mártires y de los grandes misioneros, el pueblo aplastado y dispersado por siglos de tiranía protestante, vuelve a estremecerse y agitarse con el furor de las olas que baten su costa.

Sólo el martirio de Polonia puede compararse con su martirio.

Toda la grandeza de Inglaterra, flotando sobre mares avasallados, desaparece ante el vaho de de sangre y de lágrimas que se levanta de Irlanda y que tiñe el horizonte de Cartago con siniestros colores.

En los cantos melancólicos de los poetas celtas aparece la virgen irlandesa destrenzada la áurea cabeza, con la túnica desgarrada, ensangrentadas las plantas, caída en el suelo, como sus hermanas de las primeras persecuciones, en la arena del circo, no destrozada por las fieras, sino clavado el pecho por el hierro de los tiranos, ocultando con un velo de tristeza y de santidad los últimos resplandores de la hermosura.

Cartago puso el túmulo de hierro de su despotismo sobre su tumba, y devastó con el fuego la tierra que la rodeaba, pero en el silencio de la noche las almas nobles y amantes fueron a regarla con su llanto, y las flores de la esperanza brotaron de la tumba y de la tierra.

¡Irlanda no ha muerto! El cetro de Cartago, como un martillo gigantesco, cayó acompasado durante más de tres siglos. La víctima y toda la patria irlandesa fué un altar.

Isabel, la hija bastarda de Enrique VIII, apellidada Nerón femenino, prodigó la crueldad, en nombre de la apostasía, contra una lealtad heroica a la antigua fe. El saqueo, el despojo, la violencia superaron al rastro de sangre y de escombros que dejaban las tribus bárbaras al galopar sobre los miembros deshechos de Roma.

Un escritor protestante, que se aprovechó grandemente de los despojos de Irlanda, traza este cuadro, que reproduce un apologista irlandés:

«Por lo más oculto de los montes y de los valles, veíanse hombres que andaban a gatas por no poder sostenerse sobre sus piernas. Parecían esqueletos o sombras de muerte. Se tenían por dichosos cuando hallaban carne muerta, para lo que a veces desenterraban cadáveres. Si por el campo encontraban algunos berros o un poco de trébol, lo consideraban como un opíparo banquete.»

En tiempo de Jacobo I y de Carlos I, la persecución aumentó. La confiscación llegó a lo inaudito. Los propietarios que quisieron vivir sobre el terruño nativo, tuvieron que convertirse en colonos.

Cromwell superó a la barbarie. Las invasiones de Atila y de Genserico son un idilio comparadas con las suyas, en Irlanda. La esclavitud, la emigración y la muerte, se repartieron la población.

Se organizaron cacerías de irlandeses, como las de los antiguos ilotas.

Carlos II y Guillermo de Orange, consumaron la obra. Se obligó a los católicos a ir, bajo pena de prisión o multa, a los actos del culto protestante, y se les prohibió asistir a escuelas católicas y enseñar en ellas, bajo pena de muerte.

Los colegios irlandeses abiertos por la munificencia real y la generosidad española en tantas ciudades durante el siglo XVII, son asilos intelectuales y benéficos para los emigrados, a quienes, después del despojo, se condenaba a la ignorancia.

Las disposiciones del *Código penal antipapista*, dadas en tiempo de Guillermo III y de Jorge I, son, sencillamente, la supresión para los católicos irlandeses de *todos los derechos civiles*, hasta el derecho de propiedad y de herencia.

El progreso gradual de una tiranía que parecía haber llegado ya al límite de la opresión, produjo estallidos en tiempo de Jorge II, que fueron contestados con el exterminio. En el primer tercio del siglo XIX, la lava del despotismo británico siguió amenazando sobre los campos irlandeses.

Entonces la virgen irlandesa, desgarrada en su tumba,

siempre regada con lágrimas y sangre, fecundada por el espíritu y el amor de su pueblo, dió a luz a un Rey, vástago de sus Reyes, que azotó el rostro de Cartago con el cetro de su elocuencia.

Irlanda tomó forma en un hombre y se aprestó a luchar cuerpo a cuerpo con Cartago.

La tempestad le prestó el trueno para que su voz siguiese al rayo de la ira popular. El mar, el murmullo tumultuoso de las olas, que proclaman la libertad de Irlanda sobre el acantilado de su costa. Ossian, los sonidos de su arpa, y el pueblo, su corazón y su fe.

Irlanda se congregó alrededor de una tribuna levantada en sus campos, como un pueblo alrededor de un trono, que no era más que una grada del altar.

Daniel O'Connell, Irlanda hecha hombre, lanza en el siglo xix la maldición de un pueblo sobre la faz del tirano para que un rayo del cielo descienda sobre su cabeza en el siglo xx como una reparación de la justicia.

La sombra de O'Connell pasó un día delante de la pluma de Donoso Cortés, y quedó dibujada, como ella sólo podía dibujarla.

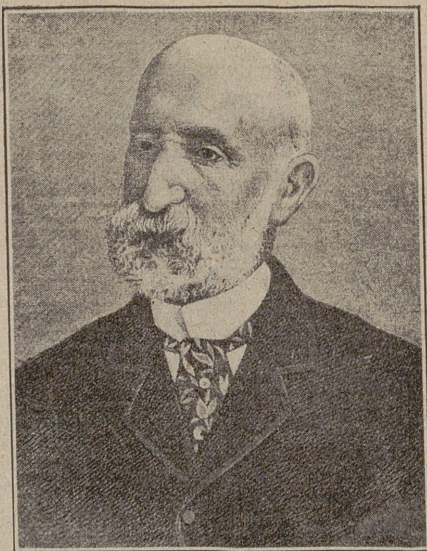
Oigamos a Donoso cantar a O'Connell y a Irlanda:

«O'Connell es el cíclope irlandés que ha hecho de Inglaterra su yunque.

En los tres Reinos reunidos, ninguno toca con su cabeza a su rodilla. Los hombres le miran con asombro, como si fuera un semidiós o un gigante antediluviano. El hace con su palabra lo que Paganini hacía con su violín, en donde estaban como dormidos, para despertar, obedientes a su voz, los sonos de todos los instrumentos. La voz de O'Connell es apagada y atronadora, oscura y clarísima, blanda y vibrante; gime como un arpa, brama como el viento, entusiasmo como un himno. O'Connell es ángel de la Irlanda, demonio de la Inglaterra.

En los devastados campos irlandeses, su voz cae suave y consoladora; en el Parlamento inglés, su voz lanza imprecaciones, mientras que su mano agita las serpientes de las furias. O'Connell es sublime como Demóstenes, impudente como Mirabeau, melancólico como Chateaubriand, tierno

CARLISTAS ILUSTRES



D. Jerónimo de Amilivia

General del Ejército del Uruguay

como Petrarca, grosero como un lacayo, brutal como un salvaje, prudente en el campo parlamentario como Ulyses en el campo de los griegos, impetuoso, temerario y audaz como Ajax pidiendo al cielo la luz para morir con el sol del medio día. En aquella naturaleza riquísima hay algo de la naturaleza del capitán, algo de la naturaleza del sargento, algo de la naturaleza de un Rey y algo de la naturaleza del paisano del Danubio; tiene mucho del hombre salvaje, mucho del hombre civilizado; es zorra y león a un mismo tiempo. Es malicioso y cáustico como el Mefistófeles de Goethe. Es inocente y cándido como un niño. Es todo lo que es un pueblo, y un pueblo lo es todo.

CARLISTAS ILUSTRES



D. Ramón Argonz

Comandante General de los carlistas navarros de 1874 a 1875

No puedo negar que dejo la pluma con placer para mirar amorosamente, con los ojos de mi imaginación, esta figura sublime, si bien me asusta algún tanto.

Mis ojos, atónitos, le miran inclinada la frente augusta sobre el arpa nacional, de donde arranca su mano gemidos tan dolorosos y profundos como no los escucharon jamás los hijos de los hombres. Cualquiera diría que es Ossión, y que le piden venganza desde su trono de nubes las almas melancólicas y transparentes de sus padres.

¡Irlanda! ¡Verde Irlanda! ¡Católica Irlanda! ¡Alégrate, en medio de tu humillación y de tu servidumbre! Eres esclava, es verdad; andas vestida de jerga, no comes sino las corte-

zas de tus árboles y las hierbas de tus campos; no pisas sino abrojos; no arrastras sino cadenas; no duermes sino en tu lecho de paja. Pero en ese lecho has dado a luz a un Rey; ese Rey romperá las cadenas de su madre. ¡Irlanda! ¡Verde Irlanda! ¡Católica Irlanda! ¡Alégrate en medio de tu humillación y de tu servidumbre!»

¡Sí, que se alegre Irlanda! Que las promesas nunca cumplidas y la rabia fanática de Ulster, oponiendo la guerra a la libertad, han reducido a pavesas la última ilusión.

El terror de Cartago la envuelve medrosamente entre tinieblas para no ver la justicia que se acerca. Irlanda, por encima de la noche de Londres, distingue una gran claridad en los cielos. La virgen desgarrada sale de la tumba y resplandece con la palma del martirio, que va a ser orlada con el laurel de la recompensa.

Y la voz de O'Connell va de América a Irlanda y de Irlanda a América; sacudiendo al pueblo disperso y ordenándole que se junte contra Cartago.

¡Llegó la hora de Irlanda, que será la tragedia de Inglaterra!

La voz de Irlanda acusando a Inglaterra

La revista irlandesa *Irish Freedom* (Libertad Irlandesa), el órgano más importante de comunicación intelectual entre los millones de irlandeses que viven en América y los que permanecen en Irlanda, ha publicado este artículo vibrante en que resuena la voz del tribuno nacional.

El artículo, que ha producido enorme impresión en Inglaterra, dice así:

«¿Quién es la enemiga de Irlanda? No lo es Alemania ni España; no lo son Rusia, Francia ni Austria... Lo es Inglaterra. Aquéllas no han forjado cadena alguna para Irlanda, no han apagado la lumbre de sus hogares, no han destruído sus casas ni derrumbado sus altares, ni enviado a sus hijos a vagar por colinas cubiertas con invernal nieve.

¿Quién mató a Shane O'Neill? ¿Quién envenenó a Owen Roe? ¿Quién hizo sucumbir a Red Hugh Oldonell? ¿Quién llenó de miseria día y noche nuestra tierra, y ello miles de veces por espacio de ochenta años, en tal manera, que no

quedó hierba en Irlanda que no estuviese humedecida con sangre y lágrimas? ¿Quién clavó a la puerta del castillo de Dublín las cabezas de sacerdotes irlandeses? ¿Quién degolló a indefensos niños irlandeses por sólo el gusto de saciar su sed de sangre? ¿Quién ultrajó a doncellas irlandesas y torturó a venerables ancianos, e hizo brillar en nuestras moradas, desde Clare a Dónegal, el resplandor del fuego nocturno?

¿Quién condenó a la esclavitud y a la vergüenza, a través de los mares, a miles de irlandeses, para terminar con su raza y su nombre? ¿Quién los vendió como manada de ovejas? ¿Quién reía con infernal carcajada al ver a las madres irlandesas, locas de angustia, buscar la muerte en lo profundo del mar?

¿Quién fué el azote de esta tierra en el 98, oprimiéndola en tal manera que la obligaba a gritar por la fuerza del dolor y de la miseria, cual si estuviera a las puertas del infierno? ¿Quién empleó contra paisanos nuestros el casco de hierro y la espada, el patíbulo y la tortura?... ¡Oh, Dios mío, que no hayamos aún pagado a esos diablos los malos tratos que nos han hecho!...

¿Quién saqueó esta tierra en el 47 de sus depósitos de alimentos, mientras a sus puertas, con emponzoñado aliento permanecía de pie el hambre descarnada y horrible? ¿Quién sembró sus campos de blanquecinos huesos? ¿Quién, en fin, obligó a cruzar los mares a corazones los más bondadosos del mundo, a hermanos tuyos y míos?...

No, en verdad, Alemania, ni Austria, ni Rusia, ni Francia, ni España. Estas no han esquilado nuestra tierra, no la han despedazado, no han forjado la cadena de su esclavitud..., sino Inglaterra, la de insidiosas palabras, la pérfida, la traidora enemiga. Inglaterra fué el azote de nuestra madre Patria: Inglaterra la hizo sucumbir.

¡Levantaos, oh, muertos de Irlanda, y despiértense sus hijos que aún viven! Ya, por fin, se nos presenta lo ocasión de poder recobrar lo que es nuestro; de barrer a nuestra enemiga Inglaterra de nuestros montes, de nuestros valles y de nuestras bahías, y en vuestro nombre, ¡oh, santos muertos, de cumplir nuestro deber sagrado!»

A este llamamiento corresponde el partido nacionalista

irlandés con un magnífico manifiesto, que termina de esta manera:

«Irlandeses: Se os exige el sacrificio de vuestras vidas. ¿En provecho de quién? En el de nuestra eterna enemiga. Irlanda no tiene agravios que vengar de Alemania y Austria. Si Inglaterra los tiene, que sus hijos los venguen. Nuestra Patria no debe hacer otra cosa que cruzarse de brazos esperando los altos designios de Dios. ¡Irlandeses: No os alistéis. Reservad vuestros entusiasmos y energías para la causa sagrada de la libertad de Irlanda! ¡Quién sabe si este es el momento solemne de su liberación definitiva!»

Evidentemente, la hora de Cartago ha llegado.

¡Irlanda! ¡Verde Irlanda! ¡Alégrate, que tu martirio va a recibir el galardón!



El Castillo de Wartegg

Al borde del lago de Constanza.—Ante el castillo de Wartegg: hermoso panorama.—Adquiriendo noticias del R...—Don Jaime partidario de los alemanes.—La simpatía de los suizos hacia Alemania.—El egoísmo inglés y los sacrificios de Francia.—Los zeppelines maniobrando sobre el lago de Constanza.—La inventiva de los alemanes.—La permanencia de Don Jaime en Staad.—Afirmaciones del Cónsul de España en San Gall.—La opinión de los radicales españoles.—Inglaterra, nuestra mayor enemiga.

Staad, 7 de Noviembre

Staad es una pequeña villa en el borde Sur del lago de Constanza, que ocupa el vértice de un triángulo formado en dicho punto por los territorios de Suiza, Alemania y Austria.

Las aguas del Rhin fertilizan los campos circunvecinos; los montes, cubiertos de árboles frondosos constituyen a lo lejos su baluarte, y la hermosura del conjunto es tal, que probablemente no se olvida.

Es allí donde los herederos del Duque de Parma tienen el soberbio castillo de Wartegg, donde residen con frecuencia; es allí donde acuden invitados los Príncipes más en boga de

las Cortes europeas, es allí, en fin, donde, unos dos meses atrás, Don Jaime de Borbón habitó también por algún tiempo.

Queriendo saludar a nuestro Jefe, de ser posible, o recoger, por lo menos, algunas impresiones sobre su reciente estancia en aquellos lugares, he tomado el ancho sendero que conduce a la entrada principal del castillo, situado en los altos de una meseta.

La vista se pierde en la inmensidad de los jardines, ocultos bajo la fronta de árboles seculares, y el aire, saturado de mil perfumes, llena el cuerpo de vigor y el alma de alegría. A lo lejos, en el fondo, se divisan los blancos muros, de líneas delicadas, que encierran el palacio, y las aristas de sus rojas techumbres, adornadas con grandes aleros, se levantan majestuosas, como desafiando las crestas de los montes cercanos. Al pie, con sus aguas verdosas y tranquilas, se extiende el lago de Constanza.

Una monja, con su blanca toca y un libro piadoso en la mano, me sacó del embeleso que me produjo la vista de aquel panorama. Ella está en el castillo al servicio de una persona enferma, y a mis preguntas sobre Don Jaime me dice que se marchó probablemente a Italia, sin que se sepa nada de él hace ya bastante tiempo. Su circunspección me impide interrogarla, prometiéndole, con todo, volver cuando los Príncipes estén allí de nuevo.

En la población, Don Jaime es bastante conocido, así como en Rorschach y San Gall, donde obtuve fácilmente algunas noticias. Ante todo, se le considera afable y cordial; con respecto a la guerra, se le tiene, sin discusión, por partidario de los alemanes.

Aquí nadie comprende se puedan sustentar otras ideas. La situación topográfica y el carácter étnico del país—dicen—influyen, sin duda, en ello, pues Alemania es nuestra próxima vecina, su lengua es la que nosotros hablamos, su cultura y sus costumbres son también nuestras, de modo que, en el fondo somos sus propios hermanos.

Aparte de esto—añaden,—hay razones de simple lógica que nos hacen seguir con entusiasmo la lucha que sostienen contra tantos enemigos. Vemos por un lado las ciencias, las artes, la agricultura y el comercio alemanes de qué manera

CARLISTAS ILUSTRES



Excmo. Sr. D. Manuel de Sureda

Diputado a Cortes de 1871 a 1875

se han desarrollado en estos últimos años, siendo una fuente de riqueza enorme para el país. Vemos, además, las familias numerosas llenando el Imperio a base del trabajo, del ahorro, de la moral cristiana. Y entonces, un pueblo así ¿puede buscar la guerra? Cuando todo le sonríe, ¿irá detrás de lo ignorado, lanzando sus hijos a la muerte y la nación a una segura ruina? No hay aquí sino el egoísmo, el odio, la envidia de los ingleses. La Francia es un noble país que sigue, arrastrado, una guerra aborrecida, creyendo defender una justa causa; pero ved cuánto le cuesta y cuánto le costará antes de que se acabe! ¡Miles y miles de sus hijos caen sin cesar en el campo de batalla; la más rica tal vez de sus regiones es un montón de escombros por efecto de la lucha fratricida, y ¡qué será de ella cuando la paz termine tan inmensa hecatombe! Su ardor es mucho, su heroísmo evidente, ¿pero no es terrible que así derroche su sangre y sus tesoros para defender a los ingleses? En cambio, ¿con qué les ayudan éstos? A lo más doscientos mil de ellos combaten en el suelo de Francia; las pro-

visiones de boca salen todas de la República; los gastos enormes de la guerra es ella quien los paga, y el fruto de una victoria incierta será, al fin, Inglaterra quien querrá conservarlo.

Aquí, pues, no hay discusión posible; las simpatías son todas para Alemania, y el desprecio, mezclado de rencor, para Inglaterra.

En los paseos dominicales de la población a orillas del lago Constanza, las conversaciones son casi siempre sobre el mismo motivo. Los ojos miran al otro lado, donde empieza el territorio de la nación teutona, queriendo descubrir a veces, los arcanos de Friedrichhafen.

Sabido es que en dicha población están instalados los talleres Zeppelin, de donde salen esas masas poderosas que tanto horror producen a los ingleses. Según refieren los habitantes de estos alrededores, los ensayos matinales se repiten a menudo sobre el lago, evolucionando los dirigibles a unos 500 metros de altitud, y ejercitándose en el manejo de explosivos colosales, que se arrojan desde arriba en unos aparatos que semejan grandes cestas.

Todos los estudios y todos los trabajos de los arsenales, en sus nuevas fabricaciones se reducen exclusivamente a crear la muerte de los ingleses. No se ignora, en verdad, lo que es la inventiva de los alemanes y cabe esperar, por lo tanto, que de improviso, en un plazo más o menos breve, se lancen a la lucha con nuevos artefactos destructores que puedan dar cuenta de la páfida Albión sin necesidad de las escuadras.

En medio de todas estas manifestaciones, he oído alguna voz aislada dando ciertos detalles sobre la permanencia de Don Jaime en Staad. Tiempo atrás, según parece, un pequeño incidente produjo algún ruido, haciendo resaltar con grandes simpatías la figura de nuestro Jefe.

Según parece, Don Jaime, en Agosto último, atravesó la frontera con un oficial austriaco, ambos de uniforme, viniendo a Staad, y subiendo de este modo al castillo de Wartegg. Las autoridades federales, puestas al corriente de ello, se vieron precisadas a intervenir, por haberse quebrantado la neutralidad suiza, no teniendo, sin embargo, otras consecuencias, en virtud de ciertas explicaciones dadas por el ministro de Austria en Berna.

La opinión, no obstante, se mostró muy satisfecha de esta manifestación espontánea de las simpatías de Don Jaime, pues si bien guardando la neutralidad que requieren sus muchas relaciones y amistades en casi todos los países beligerantes, aprovecha la ocasión para demostrar, en el orden de sus ideas, de qué lado se inclina la balanza.

El cónsul de España en San Gall me ha confirmado cuanto precede, sin que por su parte lo sepa de ningún modo oficial, hallando, sin embargo, muy lógico se reconozca en alguna manera la justicia de la causa que defienden los alemanes.

Su sorpresa es enorme al ver la campaña de los partidos radicales españoles en favor de la «Triple Entente», pues lo que hacen es trabajar para Inglaterra, que es, y ha sido siempre, nuestra principal enemiga.

Las Canarias están poco menos que en su poder; Vigo y las Baleares son el objeto de todos sus anhelos, y la influencia que ejercita en Gibraltar es tan sólo a costa y en daño de los intereses españoles.

Tales son, realmente, las primeras ideas que surgen en el cerebro al analizar la síntesis del debate de las naciones. En España, sin embargo, el radicalismo es lo más interesante, y aun ahora, sus elementos entrarían en lucha, si otros más previsores no les tuviesen a raya, por más que luego fuese, tal vez, el resultado la instalación de los ingleses en un punto estratégico de la Península, según sus métodos corrientes, que ya se nos aplicaron otras veces en los momentos culminantes de la Historia.

Benzy



Comentarios

«... est morieris in interitu occisorum in corde maris.» (Ezequiel, XXVIII, 8.)

La única letra, decía Rubinstein, que los ingleses escriben siempre con mayúscula, es la «I» (yo): he aquí el rasgo prominente de su carácter. El Almirantazgo británico, creyendo,

sin duda, con el personaje simbólico del poema de Pope que los mares han sido creados únicamente para que naveguen sus embarcaciones (*seas zoll to evaft me...*) con el fin de defender sus costas del ya inminente ataque germánico, ha decidido clausurar prácticamente el mar del Norte, borrando así de un golpe su propia historia, y violando sagrados y seculares derechos. Como los embriagados de Ephraim, ha querido Albión, sin dolerse del quebranto de los neutrales, afirmar la corona de su orgullo: y como el soberbio Moab ha olvidado que su fortaleza es acaso menor que su arrogancia.

En nombre de la libertad de los mares, la pérfida y codiciosa Isabel protegió y habilitó, en el siglo xvi, a los piratas de Plymouth para que, con mentidas patentes de corso, perpetraran en nuestros navíos de Flandes sus criminales rapiñas. En nombre de la libertad de los mares, el prodigioso argonauta Francis Drake, héroe predilecto de la Marina británica, asoló las costas de la América española, se apoderó de los tesoros de sus flotas, destruyó indefensas barcasas y circunnavegó el mundo en derrotero de expoliaciones y de sangre. En nombre de la libertad de los mares, los sucesores de Drake siguieron asaltando nuestros galeones, y el inhumano Pavendich abandonó, en el Estrecho de Magallanes, a los infelices náufragos de la expedición de Bengoa, con crueldad y villanía sin ejemplo en la historia de los viajes marítimos. En nombre de la libertad de los mares, envió Inglaterra a Buenos Aires aquellas formidables invasiones de principios del siglo xix, que gloriosamente rechazadas por el inmortal Liniers, no lograron sino demostrar el valor argentino, y la insaciable codicia británica. En nombre de la libertad de los mares, violó también Inglaterra el Tratado de paz y amistad con España del año 1809, forzó el bloqueo de Buenos Aires, recibió con extremo agasajo a los comisionados revolucionarios de Venezuela y auxilió a unos y otros caudillos de la revolución sudamericana, con tal fuerza militar y monetaria, que parecía, escribió nuestro general Morillo, «que querían trasladarse al nuevo Continente todos los Ejércitos de Inglaterra, y todo el caudal de sus comerciantes»... En nombre de la libertad de los mares, en fin, fué el Reino Unido nación poderosa y fuerte, encadenó a Irlanda, subyugó

la India, esclavizó el Egipto, preponderó en el Mediterráneo, y como el Assur del profeta Isaías, quitó los términos de los pueblos y despojó a sus Príncipes. No hubo en el Océano quien moviese el ala, ni abriese la boca, ni chistase sin su anuencia, porque ocupó su mano todos los pueblos de la tierra «como se recogen en un nido los huevos que han sido desamparados».

De todo esto, y de mucho más, han prescindido los engegucidos lores de Whitehall. Ha bastado que los Ejércitos del Kaiser preparen desde Kiel o desde Amberes su ataque a las costas británicas, para que los empecatados jefes de la primer Marina del mundo desmayen, se conturben, y, apartándose de las veredas de su grandeza, anulen los seculares progresos del Derecho internacional y vuelvan a los tristes tiempos en que el protector Cromwell dictaba su «Acta de Navegación», y el abrumador jurisconsulto Selden publicaba contra Grotius su artificioso «Mare Clausum».

Dicen los bien informados que la decisión del Almirantazgo, que comento, no fué tomada por unanimidad entre sus lores. Debe de ser cierto. La fuerza y la justicia de las naciones se prueban en los momentos de peligro. Tal vez pensaron los consejeros disidentes que no hay ejemplo en la Historia de que pueblo alguno haya podido llamarse soberano del mar, sin pagar muy cara su presunción y su soberbia; tal vez recordaron que ha sido siempre nefasta para Inglaterra la doctrina de Selden; tal vez surgió ante ellos la sombra del famoso almirante holandés Tromp, que paseó victorioso por el Támesis sus navíos, enarbolando como enseña la célebre escoba con la que se proponía barrer del mar los navíos británicos.

La decadencia de las naciones, ha dicho Schiller, empieza con la preponderancia de su egoísmo. Como no podía menos de suceder, los neutrales perjudicados por el atentado del Almirantazgo han iniciado ya sus protestas. En un telegrama veo que los periódicos de Christianía proponen la constitución de una «Liga de naciones neutrales» que, incluyendo a los Estados Unidos, se oponga a los dictados de Inglaterra. Si ello se realiza, no van a ser fáciles los caminos emprendidos por el Almirantazgo británico, y tal vez resulten proféticas

las frases de lord Nelson, cuando se formó, a principios del siglo xix, una «Confederación de naciones del Norte», análoga a la que los periódicos noruegos proyectan. «Inglaterra, decía el vencedor de Trafalgar, empieza esta lucha con toda Europa en su favor: la terminará con todo el mundo contra ella»...

De todos modos, no es de buen augurio para el Reino Unido la declaración de sus lores. Todo día tiene su atardecer, y así como surgió entre los audaces navegantes ingleses del siglo xvi el «dragón» triunfador de nuestra «Invencible Armada», puede también surgir entre los brillantes Vikingos de la Marina germánica el victorioso caudillo que, en nombre de los sagrados principios del *Mare Liberum*, agoste, cual pedrisco impetuoso y torbellino quebrantador, las flores de la grandeza de Albión y la gloria de su alegría.

Me inclina a menudo mi providencialismo a consultar la Sagrada Biblia para esclarecer mi pobre juicio sobre los sucesos históricos. Lo he hecho así hoy, pero al leer las fulgurantes frases del capítulo 28.º de Ezequiel, se ha sobrecogido mi espíritu y he cerrado el libro con espanto. Habla el profeta de las sublimes visiones:

«Hijo de hombre, di al Príncipe de Tyro. Por cuanto se ha engraido tu corazón y dijiste: Yo soy Dios, y *en la silla de Dios me senté en medio del Océano...*, y por la negociación has acrecentado tu poder y adquirido oro y plata en tus tesoros... he aquí que yo traeré sobre ti extraños, *los más fuertes de las gentes*, y desenvainarán sus espadas sobre la hermosura de tu saber..., y te destrozarán, y morirás de muerte *de los que mueren en el corazón de los mares*»...

C. Navarro Lamarca

Retratos en tricromía de Don Jaime de Borbón

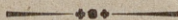
en finísima cartulina (19 por 12 centímetros), con un extracto de la biografía de nuestro Augusto Caudillo.

A 20 céntimos uno y a 15 pesetas el cien.



El Año Jaimista

Almanaque para 1915



Se ha puesto a la venta este precioso Almanaque. Por el sumario que insertamos a continuación podrán nuestros lectores formarse una idea de lo interesante de su texto y del atractivo que ofrece su profusa ilustración.

TEXTO

Juicio del año, por J. M. R.—Santoral.—Festividades jaimistas y fechas memorables.—La guerra europea: Alemania y Austria, contra Inglaterra, Francia, Rusia y Bélgica.—Broma macabra: El zapatero sin miedo.—A Navarra (poesía) por A. Basols.—El ejército carlista, por El Conde de Kenty.—Noticias computadas.—Porqué soy tradicionalista, por J. B.—Chirigotas.—Problema curioso.—Rimas (poesía) por Jaime Rosquellas Alessán.—Curiosidades.—El baño y el tocador.—El «te y el tú».—Chirigotas.—¡Multiplicad, querido!—A los jóvenes.—El canal de Kiel: Del Elba al Báltico.—Chirigotas.—Su Santidad el papa Benedicto XV.—Cristóbal Colón, por I. A. B.—Testamento de Napoleón.—Chirigotas.—La batalla de Lepanto.—Chirigotas.—Cronología de los reyes de España.—La muerte del Rdm. P. General de los

jesuitas.—A María Inmaculada, por J. C.—Los mandamientos del hogar, por Manuel de Tolosa Latour.—Las abejas, los cochinos y la corneja. A los impolíticos, (poesía) por Carlos Verdugo.—El fumador bromista.—Leyenda del judío errante, por E. de Lustonó.—Los institutos religiosos.—La instrucción.

GRABADOS

Portada.—Guerra civil: Preparando una emboscada.—Vista de Castellón de la Plana en el acto de ser atacada por Don Carlos.—El arxiduque Francisco Fernando, su esposa la duquesa de Hoenberg, asesinados en Sarajevo, y sus hijos.—Capilla ardiente en el Palacio de Viena, con los féretros que encierran los cadáveres de los archiduques Francisco Fernando y su esposa, asesinados en Sarajevo.—Los archiduques de Austria, nuevos herederos del trono, Carlos Francisco y su esposa la princesa Zita de Parma.—El emperador de Alemania y el rey de Inglaterra.—Francisco José I, emperador de Austria y rey de Hungría.—Campo carlista: Cuadro de D. José Cusachs.—Un globo militar de los que utiliza el ejército inglés para reconocer el terreno en donde ha de operar.—El rey Jorge V de Inglaterra.—Pedro I, rey de Servia.—Nicolás II, emperador de todas las Rusias.—Guillermo II, de Alemania.—Raimundo Poincaré, presidente de la República francesa.—Alberto I, rey de Bélgica.—Guerra de la Independencia: Episodio de la batalla del Bruch.—Vistas interior y exterior de un automovil-sala de operaciones del Cuerpo médico-militar del ejército francés.—Tiendas de campaña del ejército servio.—Reservistas alemanes esperando un tren para dirigirse a su destino.—Las cuatro fases de las minas que los alemanes han colocado en el mar del Norte.—Acopio de trigo en la estación de Odessa (Rusia) para ser mandado a las tropas en campaña.—Llegada a Lieja de un convoy de municiones de guerra.—Prisioneros alemanes al entrar en una población francesa.—La casa consistorial de Lovaina, de estilo gótico, que se salvó del bombardeo de los alemanes.—Soldado belga de centinela en una granja de Haelen, destruida.—Un oficial alemán leyendo la orden a los soldados.—Paso del Ebro: Lámina editada por F. G. Rojas.—Plano de los fuertes

que defendían la ciudad de Lieja.—Campesinos del Norte de Francia, abandonando sus aldeas.—Zona en que se han librado las tres batallas: Charleroi, S. Quintín y el Marne.—Requisa de caballos en uno de los extremos de París.—Llegada de españoles repatriados a Irún, en los primeros días de la guerra.—Tropas alemanas de ocupación, vivaqueando en Bélgica.—Un tren militar ruso dirigiéndose a la frontera alemana.—El Kaiser y sus hijos, que fueron todos al campo de batalla.—Carga de carlistas: Cuadro de Ricardo Balaca.—El canal de Kiel: Del Elba al Báltico.—Su Santidad el papa Benedicto XV.—Cristóbal Colón.—Doña Isabel la Católica.—El poeta D. Federico Mistral.—El papa Pío X, en su vida parroquial.—Congreso Eucarístico Lourdes: Aspecto de la Presidencia en la sesión inaugural.—Trinchera carlista: Cuadro de D. José Cusachs.—Venecia: Entrada al Palacio de los Dux.—Breña (Francia) Pórtico de la iglesia del pueblo de Plouaret.—El ocaso de Napoleón: Cuadro de N. Dickens.—Regicidios en el siglo xx: Humberto rey de Italia, Alejandro rey de Servia, Carlos rey de Portugal, Jorge rey de Grecia.—D. Juan de Austria.—Escudo de D. Juan de Austria.—El combate naval de Lepanto.—Espada y armadura de D. Juan de Austria.—Cráneos de los reyes Magos.—Un telescopio gigante.—La Gioconda.—Mater dolorosa.—Carlos VI y el general Ortega en San Carlos de la Rápita.—Excmo. Sr. Dr. D. Juan J. Laguarda, obispo de Barcelona.—El Ilre. Cardenal D. Mariano Rampolla del Píndaro.—Descubrimiento de una lápida dedicada al Canciller de Barcelona, D. Rafael de Casanova.—El Palacio Loredán: Residencia que fué de Don Carlos VII en Venecia.—Un concierto en familia.—Un alto en el camino.—Dormitorio del rey D. Felipe II, que se conserva aun en El Escorial.—Eclipse de la media luna en Europa: Turquía en 1812, Turquía en 1912 y Turquía en 1914.—D. Alfonso y D.^a Blanca: Episodio de la última guerra carlista.—Conducción de un herido: Cuadro de J. Llovera.

Personajes carlistas de la primera guerra civil: Excelentísimo Sr. D. Tomás de Zumalacárregui, general.—Excelentísimo Sr. D. José de Uranga, general.—Excmo. Sr. D. Gabriel de Lacy, brigadier.—Excmo. Sr. D. Tomás de Zumalacárregui acompañando a Carlos V.—Excmo. Sr. D. Juan de Zubiri,

brigadier.—Excmo. Sr. Conde de Casa-Eguía, general.—
Excmo. Sr. D. Bruno de Villareal, general.—Excmo. Sr. D. Manuel de Staricó, brigadier.—Excmo. Sr. D. Carlos de Vargas, general.—Excmo. Sr. Marqués de la Solana, general.—
Excmo. Sr. D. Antonio de Arjona, general.—Excelentísimo Sr. D. Ramón Cabrera, general.—Excmo. Sr. D. Joaquín Quílez, general.—Excmo. Sr. Conde de Negri, general.—
Excmo. Sr. D. Francisco García, general.—Excmo. Sr. Conde de España, general.

Personajes isabelinos de la primera guerra civil: Excelentísimo Sr. Marqués de Rodil, general.—Excmo. Sr. D. Leopoldo O'donnell, general.—Excmo. Sr. D. Baldomero Espartero, general.—Excmo. Sr. D. Jerónimo Valdés, general.—
Excmo. Sr. D. Antonio Remón Zarco del Valle, general.—
Excmo. Sr. D. Luis Fernández de Córdoba, general.—Excelentísimo Sr. D. Ramón M.^a Narvaez, general.—Excelentísimo Sr. D. Felipe Ribero, general.—Excmo. Sr. Marqués de Hoyos, general.—Excmo. Sr. Conde de Belascoain, general.—
Excmo. Sr. Marqués de San Román, general.—Excelentísimo Sr. D. Cayetano Borso di Carminati, general.—Excelentísimo Sr. D. Ramón Solano, brigadier.—Excmo. Sr. D. Javier de Azpiroz, general.—Excmo. Sr. D. Isidro Alaix, general.—
Excmo. Sr. Barón de Meer, general.

Dibujos, Caricaturas, Rompe-cabezas y baturradas

OCHO PÁGINAS ARTÍSTICAS CON GRABADOS
SOBRE FONDO

Magnífica cubierta en tricromía

Precio: UNA PESETA



Propaganda Requetenófila

Folletos a propósito para la propaganda de los

REQUETÉS

y ser repartidos profusamente en APLECHS,
:: :: MITINS y demás actos jaimistas :: ::



Folleto núm. 1

Esbozo del Programa Tradicionalista

Folleto núm. 2

¿Por qué nos llamamos legitimistas?

Precio: Cada folleto 0'05 pesetas

Cien » 2'50 »

Franco de franqueo y certificado



SE VENDEN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Establecimiento tipográfico de Nicolás Ponce

Era de ver la alegría con la cual aquellas buenas gentes, que de los vecinos pueblos habían acudido, asaban chuletas, freían fortillas, desplumaban aves y desollaban conejos, condimentándolo todo, más con el buen apetito que con exquisitas salsas, convidándose unos a otros y hablando de las fiestas venideras y de las romerías de la Cisa, Bellulla y Santa Quiteria, para las cuales ya se daban cita.

La dama de Queralt se quedó un rato sola en el templo, diciendo a su hija que quería rezar algunas devociones, y que ya podía irse con Antigua y Olalla, a las cuales acompañaba por respeto, la señora Manjó.

Doña Guiomar se quedó al lado de su señora.

Cuando estuvieron solas, Eleonora dijo a la dueña:

—Ahora dad la carga al francés y dejadme sola, pues necesito reflexionar, si bien que vuestro miedo ha dado al traste con parte de mis proyectos, que tendrán que demorarse para más tarde. ¡Como habeis gritado tanto, cattiva criatura!

—Aquella malvada de la señora Manjó envuelta con su sábana tenía toda la figura de la dama hereje. Si de día y a la luz del sol es tan fea que ya parece una alma en pena ¡figúrese su señoría qué sería de noche y alumbrándose por un velón! Aun me tiemblan las carnes al recordar su figura, la cual asustó hasta al sobrino de vuestra señoría.

—Lacciatemi, dijo Eleonora, y no dejais de vista a la heredera, a mi sobrino, al francés y sobre todo a don Arnaldo. Hablad con todos y volved la cabeza a los jóvenes. Habeis cometido una imprudencia esta noche y la habeis de reparar.

Doña Guiomar saludó y marchó mohina, maldiciendo en su interior a la señora Manjó cuya aparición fantástica le haría perder la mitad de la paga.

Su señora, no menos mohina que ella, repetía en su lengua italiana:

—Va vie vecchia fatuchiera ¡Corpo di Dio! que me las pagarás todas.

Una voz pronunció su nombre y ella se volvió.

Junto a ella estaba un hombre cubierto de un hábito pardo ceñido con una cuerda de cáñamo.

—¿Qué se le ofrece al mío Padre? preguntó Eleonora.

—Si vuestra señoría desea ver las alhajas de la santa Imagen se las mostraré.

—¡Oh! si, dijo la dama; questo mi farà piacere; andiamo vía, carissimo Padre.

El ermitaño la acompañó a la sacristía, que estaba a un lado del ábside, pero en un cuerpo del edificio más moderno adosado a él, pues es sabido que en los templos románicos y en los ojivales no había sacristías, porque se vestían los sacerdotes en el mismo altar. Si más modernamente se construyeron fué como puede verse, en nuestro hermoso templo de Santa María del Mar, suprimiendo algunas o adosándoles otra ala del edificio, más moderna, como en San Pablo del Campo, San Pedro, en nuestra Santa Basílica, Santa María del Pino y los Santos Justo y Pastor en esta ciudad.

Penetraron en la expresada sacristía, en la cual se guardaban en armarios las alhajas y vestidos de la santa imagen, los cuales estaban colgados en el interior y las alhajas puestas en estantes semejantes a los antiguos aparadores, resplandecientes de

oro y pedrería. En otros se encerraban los candeleros, cruces de plata, ternos para el servicio divino y urnas con reliquias de Santos.

Colgaban de la pared de la sacristía dos bellos cuadros de pintura de fondo negro, de esos de la escuela española que representan dos objetos terribles.

En el uno se veía la quema de San Lorenzo, el cual se abrasaba tendido sobre las parrillas con una verdad que causaba terror. El otro figuraba el martirio de Santa Quiteria y veíase a la Santa pasearse llevando en sus manos la cabeza que su padre acababa de cortar, mientras que el desnaturalizado autor de sus días caía al suelo arrancándose las entrañas y moría presa de la rabia, junto con los perros que dieron alcance a la Santa, los cuales abrían tasmañas fauces y sacaban la lengua atacados del terrible mal de la hidrofobia.

—Había otro cuadro que se ha quitado observó el ermitaño viendo que la señora de Queralt, a fuer de italiana, admiraba aquellas pinturas.

—¿Y qué asunto tenía? preguntó la dama.

—Eran dos almas condenadas arrojadas al infierno, contestó el hermano José, y en ella se quería simbolizar a los dos señores de la Cuadra de Malvehí que descansan debajo de la cruz de los herejes; pero el señor actual lo mandó retirar.

—¿Don Arnaldo? preguntó la señora de Queralt.

—El mismo, señora, contestó con intención el ermitaño; y sería tal vez que tendría motivos para ello.

Eleonora se levantó erguida, miró al hermano José con desdén y dijo:

—Me parece que faltáis al respeto a vuestro señor, hermano.

—¡Mi señor! contestó sonriéndose. Mi señor es Dios. Don Arnaldo ha sido mi camarada en España y en Italia.

—¡En Italia! repitió palideciendo la señora de Queralt.

—En Bolonia, dijo con voz firme el hermano José, en donde te conocí, Leonoreta de Orsini.

—¿Quién eres? preguntó pálida y temblando la señora de Queralt.

El hermano José echó atrás la capucha, apartó de su rostro, en lo posible, sus barbas blancas que medio lo cubrían, y acercándose a ella exclamó:

—¿Me conoces ahora Leonoreta?

—¡Lorenzo! murmuró élla con terror.

—¿Por qué has venido aquí, Leonoreta? preguntó el ermitaño; ¿para cometer otro crimen acaso?

La señora de Queralt se levantó erguida, desafió con su mirada al ermitaño y le contestó con voz entera.

—He venido aquí porque así me place, y la noble dama de Queralt no debe dar cuenta de sus acciones a un oscuro ermitaño.

—¡Pero Lorenzo, el joven estudiante de Bolonia, dijo el ermitaño, acompañado de testigos, puede hacer subir al cadalso a Leonoreta de Orsini acompañada de sus hermanos gemelos Cossimo y Damiano!

—Y si tal hiciere se perdería, contestó la italiana, y junto con el don Galaor su amigo, y los dos santos caerían de su peana.

—¡Vete Leonoreta! dijo el ermitaño, y no vuelvas a pisar estos umbrales. Mañana partes ¿no es así?

—Parto para volver, replicó Eleonora.

—¿Cuándo? preguntó el hermano José.

—Cuando se efectúe la boda de Antigua de Malvehí o se firmen sus contratos.

—¡No vuelves, Leonoreta!

—Volveré, contestó élla con calma y cruzándose de brazos.

—Entonces no respondo de lo que sucederá, dijo Lorenzo.

—Sabes que cuando jóven de aún no veinte años nada me amedrentaba, Lorenzo, repuso la dama con fría sonrisa; ahora soy mujer, y tal vez haga callar tu boca si me conviene.

—No estamos en Italia, Leonoreta, advirtió el ermitaño, y en estas montañas, si algo intentas, no faltará quien te ataje el camino.

—Va vane, dijo la dama mirándole.

—Y haciendo una reverencia añadió.

—Sonno la sua serva.

Y salió.

El ermitaño hizo un movimiento para arrojarle sobre ella, pero se contuvo, y volviendo sobre sí, dijo:

—¡Es una mujer! Por otra parte Dios me prohíbe la venganza.

La dama de Queralt salió del templo, detúvose en el umbral y tendiendo la mano en actitud de amenaza, dijo:

—Io ti revedró un altro giorno e tú me la pagherai cattivo fratello.

Eleonora estaba bellísima. Vestía terciopelo negro con golilla de encajes blancos; de su cintura pendía un rosario de oro y un relicario de lo mismo

adornaba su cuello; cubría su cabeza un manto de seda negra veneciano, como los que se ven en los retratos de Monna Lisa, la mujer más bella del mundo. Su arrogante figura romana se destacaba como una hermosísima estatua.

Lorenzo la vió alejarse, puso las manos sobre su corazón y prorrumpió con sentimiento:

—No puedo nada contra ella. Que Dios la perdone, pero que no vuelva yo a verla.

Leonoreta se alejaba pensativa.

—Questo va male, se decía. Capaz sería este maledetto ermitaño de perderme, y él con su amigo podrían acusarme a mi y a mis hermanos de asesinatos, pero no lo harán, pues se perderían a su vez, y el austero señor de Malvehí a quien veneran poco menos que un santo, tendría que hacer pública su vida juvenil, entonces se deshonraría a los ojos de todo el mundo. No hay cuidado que tal haga, pues, orgulloso e hipócrita como es, primero perdería la vida que la reputación y esa aureola mentirosa que le rodea. Puedo estar tranquila, y si doña Guiomar me ayuda lograré mantenerme en mi lugar y realizar todos mis deseos.

Entonces se les acercó un infeliz lisiado, una especie de caracol con dos muletas, que más se arrastraba que andaba, alargándola la mano tendida dijo con voz plañidera:

—Una limosna para el pobre cojo de Nuestra Señora de la Antigua.

La dama al ver tanta miseria le dió una moneda de plata que sacó de su escarcela.

—Dios se lo pague a Su Señoría, murmuró el desgraciado. La rezaré la oración de Santa Quiteria.

Y empezó la oración, entre cantada y rezada, en nuestro idioma catalán.

Era su canto lastimero, como el que los pordiose-ros acostumbran emplear en el rezo de sus oraciones.

Decía así traducido al castellano:

... Y su padre va siguiéndola
con odio y rabia infernal.
No la mata con su espada
sino con fino puñal.
¡Gloriosa Santa Quitéria,
amparadnos, por favor,
libradnos del mal de rabia
que es un mal que causa horror!

Al oír nombrar un puñal, Eleonora se volvió pálida, pero continuó su camino interin que el infeliz proseguía su canción sin perder de vista a la hermosa dama.

Cuando se hubo alejado la señora de Queralt, el cojo miró a todas partes, y viéndose solo se enderezó, desapareciendo la cojera y la joroba como por encanto. Quedó en su lugar el gitano Mala-cara.

—Don Arnaldo me ha dicho que vigilara a esta dama. No es mal empleo, pues es bella la de Queralt. Más de cuatro veces la he visto en Barcelona, y cuando venga el día daremos un asalto a su casa y la dejaremos tan limpia que no habrá más que pedir.

Volviendo luego a tomar su antigua forma, su joroba y sus muletas siguió de lejos a Leonora, sin perderla nunca de vista hasta que la vió hablar con la dueña.

Entonces arrinconó sus muletas y, arrastrándose como una culebra, se puso entre las matas a pocos pasos de la dama y de Doña Guiomar, oyendo la siguiente conversación.

UN PAR DE ALHAJAS

El paisaje era encantador y veíanse entre los árboles, sentados en la verde alfombra de hierba que crecía en la plaza fronteriza al templo, en medio de la cual se levantaba la fatídica cruz; a los payeses y sus familias que habían acudido a la misa y que, habiendo encendido hogueras con la leña recogida por el camino, aderezaban toda clase de manjares campestres.

En un ángulo, que los mosqueteros de la Cuadra habían hecho despejar, los cocineros de Malvehí asaban un venado y un pequeño jabalí con otras piezas de caza menor y volatería de corral; con todo lo cual había bastante para dar de comer a un pueblo entero. Haciendo adrede los señores para dar las sobras a los que asistían a la misa expiatoria, a cuya dádiva añadían un pan por persona, que llamaban pan de almas y lo bendecía un sacerdote.

Los antiguos vasallos de la Cuadra y de los pueblos comarcanos ya soñaban durante todo el año con el opíparo banquete que les proporcionaba la liberalidad de los señores de Malvehí.

Los jóvenes y las damas de la Cuadra ensayaban

una pavana aguardando la comida, y al son de la gaita los labriegos bailaban la danza catalana, o el llamado *ball rodó* al son de las castañuelas.

Eleonora y la dueña veían todo esto desde el lado exterior del ábside de la ermita, en donde no había nadie sino el gitano Mala-cara escondido entre la broza o leña baja que crecía allí en abundancia.

—Ya he visto al francés, mi señora, decía la dueña en su jerga portuguesa, y le he sacado del cuerpo que se muere por la señorita; pero que a no mediar un desengaño de Antigua de Malvehí no podrá razonablemente faltar a sus compromisos. El francés está desesperado, pues depende del Cardenal-Ministro, según él dice, y el Cardenal tiene empeño en que el matrimonio pase adelante.

—Capisco, dijo Eleonora, y añadió: Veremos el motivo porqué el Cardenal tiene ese empeño. ¿Os lo ha dicho tal vez?

—No, contestó la dueña, a pesar de que se lo he preguntado.

—¿Y vos qué le habéis dicho después?

—Yo, prosiguió la dueña, le he dicho que sería fácil que la jóven de Malvehí faltara a su palabra, pues a mi entender andaba enamorada del sobrino de Vuestra Señoría.

—Bravísimo, dijo la italiana; bellissimo golpe. ¿Y él qué ha contestado?

—Que cuando tuviera de ello pruebas se lo dijera, y que sólo desea coger infraganti a su prometida hablando con don Ramiro. Entonces mandará al diablo a la joven de Malvehí y al viejo por añadidura, y que pedirá licencia al Cardenal para ser esposo de la señorita hija de Vuestra Señoría. Que

les iniciaría en ciertos secretos que contribuirían mucho a que la casa de Queralt adquiriera nuevo lustre.

En aquel momento comparecieron Bembo do Conto y Ascanio de l'Acquaviva y saludaron a la señora de Queralt.

Vámonos de aquí, dijo Eleonora; mi ausencia podría dar lugar a una sospecha.

Y se alejó de allí.

El gitano Mala-cara se levantó, volvió a coger sus muletas, cubrió su ojo con un parche, arqueó terriblemente su espinazo, encogió su pierna derecha, y aquel ser informe emprendió medio arrastrándose su penosa marcha, diciendo:

—Peste con la italiana y la bruja; capaces son para revolver el mundo entero. He visto subir al patíbulo a personas que no lo merecían tanto. ¡Echar al través el casamiento de Antigua de Malvehí y Gastón de Lorenzay valdría más! No creo que cuando lo sepa don Arnaldo le guste mucho el plan de este par de alhajas: pero por vida que no lograrán la suya: y el señor de Malvehí nada tiene de tonto.

Entonces se oyó un repiqueteo de castañuelas y un palmoteo general y gritos de «¡Bravo! ¡Bravísimo!» dados por la tropa de Felipe IV, entre la cual hemos dicho que no faltaban italianos.

El espectáculo que veían les entusiasmaba.

Ascanio de l'Acquaviva había cogido un rabel y otro italiano unas sonajas o pandereta y tocaban la tarantela napolitana más animada que se ha oído, en tanto que Aníbal Bertucci y otro de los tercios, italiano también, tomando unas castañuelas, em-

pezaron el baile, al cual no pudo resistir la dama de Queralt.

Eleonora recogió su falda y dijo a su hija que hiciera lo mismo, y tomando unas castañuelas empezó la tarantela más loca que bailarse pueda.

Este baile animado electriza a la multitud, y el pueblo admirado aplaudía aquella hermosa danza extranjera de la que no tenía idea alguna.

Don Arnaldo de Malvehí miraba aquella danza vertiginosa. Contemplaba a Eleonora dar volteretas con los brazos al aire repicando las castañuelas; veía sus rizos esparcidos, sus ojos animados, sus mejillas rojas como una bacante, y la veía bella, más bella que nunca, bailando la danza de su país.

El señor de Malvehí creyó volverse loco, y en su frenesí se hubiera arrojado a los pies de su antigua amiga, a no detenerle a tiempo una voz que con acento plañidero cantaba la oración de Santa Quiteria.

«No la mata con su espada
sino con fino puñal...»

—¡Un puñal! exclamó don Arnaldo volviendo de su sueño magnético como por encanto.

Y dirigiendo la mirada a su alrededor tropezó con el lisiado de Nuestra Señora de la Antigua.

—¿Qué has oído? preguntó en voz queda.

—Cuando Vuestra Señoría quiera rezar sus oraciones, contestó el infeliz, me hallará en la ermita.

Y salióse del grupo repitiendo su cantinela:

«Gloriosa Santa Quiteria
Amparadnos por favor...»

Y los labriegos, repitiendo el cántico de la santa Patrona del Vallés:

«Libradnos del mal de rabia
Que es un mal que causa horror...»

daban limosna al pobre cojo, quién repetía:

—Nuestra Señora de la Antigua y Santa Quiteria os lo paguen.

Pocos momentos más tarde, el señor de Malvehí se dirigió hacia la ermita. Al verle todos los circunstantes se descubrían a su paso y las mujeres decían unas a otras:

—Al señor no le gustan estos bailes extranjeros; como es un santo varón se va escandalizado y se retira a rezar, aguardando la comida.

Don Arnaldo se metió en el templo, que estaba desierto.

Mala-cara, derecho como un huso, mostrando su gallarda figura, le aguardaba en el interior de la ermita.

Con pocas palabras enteró el gitano al señor de la conversación que acababa de oír.

Don Arnaldo se volvió pálido, pero no dejó traslucir nada de lo que pensaba. Dió una moneda de plata a Mala-cara y dijo:

—Cuida de los buenos mozos, que vendrá un día que deberán trabajar. Lo de Tamarit y Monredón ha sido un ensayo: más tarde vendrá el complemento. Dios te guie, y si vas a Barcelona no te descuides de ver a Catalina en la taberna del Infierno.

El gitano se acercó meneando la cabeza y mirando la moneda que acababa de recibir, como si no estuviera del todo satisfecho.

—Vuestra Señoría sabe, dijo, que de un tiempo a esta parte me ha tocado el corazón una devoción grande a Santa Quiteria.

—Si, ya lo sé; desde que el ermitaño de aquel Santuario se quejó de que habían descerrajado la caja que contenía las limosnas que se recogían para hacer arder las lámparas que alumbraban al cuerpo santo; pero el día en que te coja infraganti te haré colgar de un pino por estos italianos o portugueses que están a las órdenes de Aníbal Bertucci.

—Pues crea Vuestra Señoría que esto no sería muy bien hecho, replicó el gitano con afectada humildad. Pero volviendo a mi asunto, si Su Señoría me diera algunos cuartos me compraría una capillita de madera y una pequeña imagen de Santa Quiteria, y la mostraría para recoger limosnas, ya en las casas de los partidarios del Conde-Duque, ya en los cuarteles, mesones y tabernas, pudiendo enterar a Vuestra Señoría de lo que se piensa de los buenos mozos.

Don Arnaldo le miró con tono severo y dijo:

—Bien se conoce que descienes de herejes y que no eres cristiano verdadero, pues quieres hacer servir para tus fines un emblema de nuestra santa religión. Vete enhoramala, racimo de horca: de lo contrario te hecho a palos de la casa del Señor.

Mohino se marchó el gitano, pero diciendo para sí.

—Yo compraré la cajita o capillita de madera. En ella encerraré la pequeña imagen de Santa Quiteria rodeada de perros rabiosos; recogeré limosnas para mí y daré noticias al señor que, si no me paga bien ahora, me las pagará juntas después, pues ya voy husmeando secretos que si los vendiera al Lugarteniente tal vez me los pagaría a peso de oro. Pero también podría suceder que más tarde mi pescuezo oliera a cañamo o que me descerraja-

ran de un arcabuzazo Barrabás y Chafarrocas, mientras haría el cojo de Nuestra Señora la Antigua o en Santa Quiteria. Esto sería una lástima; vale más callar.

Don Arnaldo sólo quedó pensativo.

—Leonoreta se atraviesa a mi camino, dijo; pero esta vez le ganaré la partida, pues he visto su juego. Mañana se marcha: hoy vigilaré a fin de que mi sobrina no se aparte de mi lado y frustraré sus planes. Gastón de Lorenzay no faltará a su palabra; yo haré lo posible para que el día siguiente de firmado el contrato se realice la boda y, si posible es, el levantamiento de Cataluña contra sus opresores. La familia de Queralt quedará entonces prisionera en la Cuadra, por cuanto las partidas de Barrabás, Chafarrocas y las que se levantarán de paisanos darán cuenta de la tropa desarropada de Aníbal Bertucci, que sorprendida no se defenderá.

Don Arnaldo salió del templo, pasó por entre los grupos de paisanos que estaban comiendo, sentados sobre la hierba, los cuales se levantaban a su paso, los hombres se quitaban sus gorros y las mujeres le hacían una reverencia.

Al llegar a donde estaba su comitiva empezó la comida.

El señor de Malvehí se sentó entre la dama de Queralt y Antigua.

Eleonora observó aterrada que don Arnaldo había perdido su aspecto turbado, que fijaba en ella sus ojos severos con los cuales parecía leer en su corazón.

—Questo va male, se decía la italiana; he perdido mi poder. No perderá ahora las partidas de aje-

dre, pero no me dominará nunca, ¡per la mia vitta!

—¿Mañana os marchais, Leonoreta? preguntó don Arnaldo en voz baja a la dama de Queralt.

La señora levantó su cabeza sorprendida de oír este nombre y dijo con altanería:

—No capisco; m'avette chamado Leonoretta.

—He llamado Leonoreta a Vuestra Señoría, dijo don Arnaldo con intención, pues habiendo estado en Italia he conocido a muchas del nombre de Vuestra Señoría, y allí se llaman por este nombre.

Madama de Queralt bajó la cabeza y dijo para sí.

—Sonno perdutta.

Y calló.

Cayó la tarde y la romería se retiró cantando los coros de la Virgen y rezando el Rosario para los difuntos.

Al llegar a la Cuadra, la señora de Queralt se dirigió a su aposento con la dueña, se quitó un chapin y con él la azotó las espaldas, diciendo:

—Cattiva creatura, a vuestro miedo imbécil debo el haberse frustado mis planes. ¡Giustizia di Dio! que si no logro que mi hija se case con el francés os he de arrojar cabeza abajo desde la alta torre del castillo de Queralt, vecchia esplatatta, y os he de matar, maladetta fatucchiera.

La desdichada vieja creyó que sus días iban a concluir y se arrojó a los piés de su ama, prometiendo y jurando que el casamiento de su hija con el francés se llevaría a cabo.

Llamáronlas para cenar, y Eleonora se vió colocada en el mismo lugar junto a don Arnaldo, el cual la obsequió con toda la galantería caballeresca propia de aquella época.

Eleonora correspondió con su acostumbrada coquetería.

Aquello era un desafío de cumplimientos y frases corteses.

Nadie hubiera sospechado que entre aquellas dos personas existían odios antiguos, hijos de una historia teñida con sangre.

Ni don Arnaldo ni la dama de Queralt durmieron aquella noche.

Al día siguiente por la mañana los huéspedes marcharon de la Cuadra de Malvehí.

Don Arnaldo prestó su rodilla a Eleonora de Queralt para subir a su cabalgadura y la acompañó hasta donde llegaban sus dominios.

Al despedirse besó galantemente las manos a la dama y la rogó con cortesía que saludase de su parte a don Guillen de Queralt.

Eleonora empleó la misma galantería, y los dos antiguos amigos se separaron dándose pruebas de la más cordial amistad.

—Lo ti rivedró, dijo Eleonora en su interior, fra poco mio caro don Galaor, e allora tú me la pagheray.

La dama, seguida de su hija, de la zurrada dueña, de don Ramiro y los mosqueteros, se perdió entre los árboles del camino que atravesaban.

Debo decir, a fuer de fiel cronista, que don Ramiro dió una mirada de despedida a la heredera de Malvehí, la cual fué correspondida con otra que encerraba mil promesas de amor y de constancia.

El francés no dejó de vista a Madrona de Queralt, pero la jóven, o no lo observó, o hizo la desentendida. Se mantuvo seria, sin otorgar ni una sonrisa al que tanto la amaba.

En cambio se despidió afectuosamente de Antigua y Olalla, prometiendo que volvería para asistir a la boda de la primera.

—No se parece a su madre más que en la figura, dijo para sí el señor de Malvehí mirando a la joven de Queralf; de una culebra ha nacido una paloma. Siempre sucede así. Ahora debo prepararme para la última lucha, y ¡vive Dios! que por mucho que haga Leonoreta no logrará la suya. Ayer bajó por primera vez la cabeza delante de mí y la ví temblar. Los papeles se han trocado; pero no me fiaré de la italiana, pues capáz sería de pagar a un asesino para quitarme de enmedio, como lo hicieron sus hermanos allá en Bolonia. Dos misiones tengo: hacer que mi país sacuda el odioso yugo del Conde-Duque y que el nombre de Malvehí se eleve a la clase de príncipes. Esto lograré, mediante Dios, y si Leonoreta se interpone a mi paso pisaré si es necesario su cadáver, porque el amor loco que la tenía cesó desde ayer. La ambición, el deseo de la gloria es lo único que me ocupa. La hermosura humana ningún dominio ejerce sobre mí; y si un día mi imaginación loca me presentaba el objeto de antiguo cariño, la frialdad de los aceros de los puñales de Bolonia me apagarán el ardor de una pasión insensata.

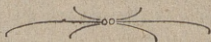
El señor de Malvehí, al concluir de hacerse estas reflexiones, quedó al parecer tranquilo y se dirigió hacia la Cuadra repitiendo a media voz la cantinela del mendigo de Nuestra Señora de la Antigua.

«No la mata con su espada
Sino con fino puñal...»

—El señor de Malvehí canta, dijo la señora Manjó al conserje de la Cuadra.

—Quien canta su mal espanta, contestó el hombre; por más que sea la primera vez que oigo cantar a mi señor.

Todos se retiraron a sus quehaceres y la Cuadra de Malvehí recobró su silencio habitual que la daba un cierto aspecto de castillo encantado.



SEGUNDA PARTE

I

UNA CITA

Pasó el invierno, y durante ése tiempo nada de particular ha sucedido en la Cuadra de Malvehí, sino la partida de Mr. Lorenzay para Francia, debiendo volver a la primavera para ser el feliz esposo de la heredera; pero el joven francés no obedeció del todo las órdenes del señor de Malvehí, sino que en lugar de dirigirse a Francia se fué a Barcelona y se vió con la dueña doña Guiomar, la cual estaba ya prevenida por su ama, de quien tenía amplios poderes para obrar.

La dueña, que temía una nueva paliza, y por otra parte deseaba, porque le tenía cuenta, que se efectuara un matrimonio entre su ama joven y el francés, recibió a Mr. Lorenzay con toda la cortesía y tunantería que se archiva en el interior de una vieja hechicera. Adiestrada por su ama, representó su papel a las mil maravillas.

El joven francés, al partir de Malvehí, se despidió

de su futura, al parecer con mucho afecto, pero interiormente sin alegría, pues iba a ver a hurtadillas a la que amaba su corazón.

Antigua por otra parte, seguía la correspondencia con la dueña, y por medio de ella don Ramiro y la heredera se habían, cuando menos, prometido vivir eternamente el uno para el otro, lo cual ignoraba don Arnaldo, pues Bembo do Conto, portugués, compatriota de doña Guiomar, recibía las cartas, las cuales tenía ocasión de dar a la señorita, quien le recompensaba con usura.

Así es que don Arnaldo, a pesar de su perspicacia, no sabía lo que pasaba en su casa.

A don Arnaldo le tenía cuenta alejar por de pronto al francés, pues observó la inclinación de éste a la joven de Queralt, y como esto podía estorbar sus planes, prefirió que Gastón permaneciese en Francia. Como, por otra parte, en la reunión que se tuvo en la taberna del Infierno pudo convencerse de que la intervención de Francia en los asuntos de Cataluña era rechazada, y que los catalanes, si no querían el yugo del Conde-Duque, no aborrecían menos el del francés, a fuer de hábil diplomático se dijo para sí:

—La cosa no está aún bastante madura; lo que no quieren hoy lo pedirán mañana, y el Rey imbécil y el Conde-Duque junto con su hechura don Dalmacio de Queralt, Lugarteniente de Cataluña, harán lo bastante para que sea deseada la intervención francesa, por lo cual preparemos el terreno entre tanto entre el Cardenal-Ministro y yo, sin necesidad de este joven perfumado que en mala hora se encontró aquí con Madrona de Queralt y la buena alhaja de

su madre. Mr. de Lorenzay volverá al tiempo preciso para ser el esposo de mi sobrina. Los tercios del Rey ya habrán hecho entonces bastantes barbaridades y el Conde-Duque mil desaciertos para que Cataluña se levante contra tanta tiranía. Cataluña sola no podrá sostenerse contra un ejército que si es abigarrado es numeroso, y acudirá al rey de Francia, quien le ayudará como a auxiliar y más tarde como soberano de Cataluña y del Rosellón, que serán franceses. Por la parte que yo haya tomado en este plan el Cardenal-Ministro hará de mí uno de los primeros hombres de la corte de Luis XIII, y mi patria me aclamará como uno de sus libertadores por haberla ayudado a sacudir el yugo del odioso favorito de Felipe IV. Es verdad que mi conciencia me reprehende que para llevar a cabo mis planes sacrifique la nacionalidad de mi patria, y que contribuya a arrancar de la corona de España este florón para adornar con él la diadema de Francia, pero esto no es culpa mía. El rey Felipe, este Rey poeta y galanteador, podía mirar con más cuidado los intereses de su reino y no dejarlo en manos del de Olivares, que ninguna cualidad tiene para gobernar. En una palabra, el Conde-Duque nos amenaza con quitarnos nuestros fueros y vale más que Cataluña sea francesa con ellos que no española si debe perderlos. Al fin y al cabo tanto tenemos de común con Francia como con Castilla, pues ni nuestras costumbres ni nuestro idioma nos asemejan a unos ni a otros. Un catalán es tan extranjero en París como en Madrid.

Nada hay peor que una conciencia errónea. A esta clase pertenecía la de don Arnaldo.

Los caracteres como el del señor de Malvehí, con tal de lograr el fin que se proponen todo lo encuentran lícito y van derechos a su objeto, suceda lo que suceda.

Una apariencia de devoción, un tinte de hombría de bien, no tan solo ilusiona a los que conocen a semejantes personas, sino que a ellos mismos ocasiona cierta presunción.

El señor de Malvehí con su hábito, con sus costumbres castas y severas era tenido por santo, y él se creía poco menos que tal, siendo el tirano de su casa, el hombre ambicioso de bienes terrenos y de gloria, para lo cual no reparaba en ser traidor a su patria y en aumentar los males que la afligían. Casa a una de sus sobrinas contra su inclinación y con un hombre que sabía de cierto que no la amaba, para poder representar él un buen papel en la corte de Francia, forjándose ya mil castillos en el aire y viéndose junto al Cardenal-Ministro y al rey Luis XIII, quienes le pagaban con usura la posesión de Cataluña.

Mientras don Arnaldo soñaba con estas quimeras, Gastón de Lorenzay se dirigía a Barcelona y, llamando a la casa de don Guillen de Queralt, pedía por la dueña doña Guiomar.

Monsieur de Lorenzay tuvo buen cuidado de quitar los adornos de su fieltro, dejándolo sin cintillo y sin pluma: se cubrió con un modesto gabán, pareciendo así un joven labrador acomodado. Su rubio bigote acusaba, empero, su calidad de militar y de caballero.

La dueña salió a ver quien la llamaba y se santiguó al encontrarse con el joven francés.

—Parece que veais al diablo, la dijo éste, pues haceis la señal de la cruz.

—No lo creais, contestó la vieja, solamente que me ha sorprendido veros. Entrad, monsieur, y en la antesala os diré lo que tengo en el buche. Válgame la Virgen de Almeida! y qué cosas tengo que deciros; pero temo que aquí nos sorprendan, pues está en casa don Guillen. Es preciso que tengais una entrevista con la señora, a quien he enterado de todo.

—¡Ah! añadía Gastón restregándose las manos, esto va bien y tendremos la entrevista ahora si la señora quiere recibirme.

—¿Pero no es he dicho, replicó la dueña, que don Guillen está en casa y nada sabe, y si os viera aquí yo lo pasaría mal?

—Pero don Guillen debe saberlo tarde o temprano, repuso monsieur de Lorenzay, y valdría más que yo me presentase a él y le pidiera sin rodeos la mano de su hija.

—Sí, dijo la dueña, para que os dé con la puerta en las narices y os diga que tiene su hija comprometida con su sobrino y que no faltará a su palabra por nadie y menos por un francés; pues nuestro buen Guillen combatió contra los vuestros en el Rosellón, saliendo herido, a lo que debe el gastar poca salud. Al oír hablar de los franceses parece que oye hablar del común enemigo.

—Pues entonces ¿cómo lo hacemos si don Guillen se negará siempre?

—No lo creais; hablad con la señora, y si os entendéis con ella todo se arreglará. La señora es el diablo en persona; hará ver a su marido lo blanco negro y saldréis con la vuestra.

—Presentadme a la señora.

—Os he dicho que no puede ser, pues don Guillen está en casa y no podeis ver a la señora sin tropezar con el marido. ¿No podríais citarnos en un lugar fuera de esta casa? preguntó la dueña.

—En la calle; en algún templo, observó el joven.

—No, no; esto no. En otra casa si quereis.

—¡Ah! dijo el joven; me acude un pensamiento. En la Riera de San Juan, esquina a la calle del Infierno, hay una cerca que da a espaldas de una casa de la calle de Ripoll. Allí estaré yo; llamad a una puerta que hay cerrada y da entrada al cercado. De la puerta cuelga una cuerda que termina en una pata de conejo. Tirad la cuerda y pedid por Catalina: una mujer abrirá. Decidle que quereis ver al joven francés que tiene en su casa, y os conducirá a donde yo esté.

—¿Y si mi señora se negase? dijo doña Guiomar casi dudando.

—Os aguardaré hasta la noche, contestó monsieur de Lorenzay, pues mañana parto para Francia.

Entonces se oyó piafar a unos caballos.

—¡Van a poner la carroza! exclamó la dueña asustada. Idos en nombre de Dios, pues el señor aparecerá de un momento a otro, y entonces todo se perdería.

—Os aguardo, dijo el joven; no falteis.

—Sola, o con la señora, iré a la Riera de San Juan, esquina a la calle del Infierno.

—Pedid por Catalina.

—Pediré por Catalina. Idos en nombre de Dios.

El joven francés se marchó, pero se metió en un portal junto a la casa en cuyo patio la carroza de los señores de Queralt aguardaba sus dueños.

Poco rato después el joven vió aparecer a un caballero, ya de edad, el cual dió la mano a Eleonora de Orsini, más bella que nunca, vestida de un rico traje de tapicería y oro, cubierta su cabeza con un grandioso sombrero adornado con airosa pluma sujeta con una preciosa joya de pedrería que despedía mil fuegos. A su lado iba su hija, vestida de damasco azul, cubierta la cabeza con un sombrero de igual color sobre el cual, puesta con gracia, se veía una pluma blanca.

Nada había más bello que aquel grupo de madre e hija.

—Los señores de Queralt van a visitar a su primo el Lugarteniente, dijeron dos mujeres del barrio que salieron a sus respectivas puertas.

El caballero y las damas subieron a la carroza, la cual, tirada por cuatro soberbias mulas, emprendió su marcha.

Todos los que pasaban por la calle se descubrían al ver aquellas nobles personas; unos por respeto, otros por admirar tanta belleza.

El jóven francés se quedó como una estatua después de haber pasado la carroza. Lo que había visto le parecía una ilusión.

—Y yo seré el esposo de este ser adorable, dijo para sí juntando las manos. ¡Oh! si tal logro, nadie será tan feliz como yo.

Y se encaminó hacia la Riera de San Juan atravesando calles estrechas y tortuosas como lo eran entonces la mayor parte, sino todas, de las de nuestra ciudad, flanqueadas de esas casas hechas de piedra sin labrar, de las cuales quedan aún algunas muestras en los antiguos barrios de Santa María del

Mar, San Cucufate y San Pedro, con portales redondos y ventanas góticas o del renacimiento, con inmensos tejados o con grandes aleros que hacen que el piso superior sobresalga y encarezca la luz que alumbra a la calle. Estas habitaciones, ahora muy escasas, eran las más comunes en aquella época.

Gastón llegó a la Riera de San Juan, a un cercado de tapia cerrado por una mala puerta de una sola hoja de madera sin pintar. Tiró de la pata de conejo y se oyó el sonido de un esquilón.

Un instante después apareció Catalina con su pintoresco traje y su redecilla color de grana, más bella y más fresca que nunca.

—¿Qué se le ofrece a monsieur? dijo la tabernera franqueando el paso al joven francés y cerrando tras él la puerta con presteza.

—Un aposento y comida; contestó Gastón.

Catalina atravesó el huertecillo en el cual no había más que la higuera y algunas matas de perejil amarillentas, y precediendo al joven le hizo subir la escalera espiral que conocemos, y abriendo con una llave, del manajo que colgaba de su cintura, un aposento, hizo penetrar en él al francés.

El aposento tenía una ventana que daba al huertecillo, adornada de vidrios verdosos y aplomados. En una alcoba había una cama de nogal, en cuya testera se veían pintadas dos imágenes representando a San Juan Bautista y a Santa Catalina Mártir.

La cama tenía cobertor de seda verde oscuro y sábanas blanquísimas que despedían olor de colada.

El aposento estaba blanqueado con cal, muy limpio, colgando de la alcoba, cuya embocadura

redonda estaba cargada de escultura bastante historiada, cortinas iguales al cobertor.

En un nicho abierto en la pared se veía una imagen de la Virgen del Rosario, de muy mala escultura, delante de la cual ardía una lámpara de latón, pero que brillaba como el oro de puro limpia. A pesar de estar el día claro, la lámpara ardía, y junto a la imagen, a ambos lados, dos jarros barnizados contenían flores naturales: algunos claveles y alelís blancos y encarnados.

En medio del aposento había una mesa de nogal pequeña.

En un ángulo una arca de guardar ropa primorosamente esculturada. Puestas en hilera se veían sillas de nogal ennegrecidas por la antigüedad, de esas de alto respaldo, y de las blancas paredes colgaban cuatro cornucopias de guarnición dorada, lujo inusitado entonces.

Este era el aposento-alcoba de Catalina, el cual cedía la tabernera a los amigos que pagaban bien. Ella se iba entonces a dormir con su sobrina.

Es fácil que el lujo que se notaba en el aposento de Catalina fuese fruto de los robos llevados a cabo por Juana y su antiguo amigo y tocayo Juan Sala y Serrallonga, cuyos miembros insepultos servían de pasto a los cuervos, clavados en postes en los caminos reales para escarmiento de los ladrones.

Catalina preguntó al joven francés si algo se le ofrecía, añadiendo que daría orden de que se le sirviese lo más pronto posible una comida digna de una persona como él.

—Ya sabeis que he permanecido en Francia y, si conviene, sé guisar a la francesa y os aderezaré un ave con hierbas que no habrá más que pedir.

Hizo una cortesía y añadió:

—Muy servidora vuestra.

—A propósito, Catalina, dijo el joven; esta tarde tal vez venga una dama con una dueña, y si piden por mí hacedlas entrar.

Catalina miró al joven, se puso seria y contestó!

—¿Acáso cree monsieur que mi casa no es una casa honrada?

—¿Y creerás, replicó indignado el francés, que yo te haré faltar a tu honradez, lo cual no sería raro en Juana Massissa, ex-amiga de un ladrón en cuadrilla, a quien descuartizaron después de servir de espectáculo al pueblo de Barcelona?

Catalina, o más bien Juana, se cruzó de brazos y dijo enojada:

—Aunque me costára la vida yo no recibiré en mi casa a mujer alguna, y después de lo que acabáis de decirme menos que nunca.

—Tengamos la fiesta en paz, Juana, repuso monsieur de Lorenzay, pues una palabra mía puede perderte. Si voy a encontrar al Lugarteniente o a alguno de sus sabuesos y les digo en donde está la célebre amiga de Serrallonga, tal vez no tardes muchos días en colgar de la horca de piedra que se levanta al extremo de la plaza del Borne.

—Y sería fácil que menos tardáseis vos, mi lindo señor, dijo Juana, en quedar preso y maniatado en uno de los sótanos de esta taberna. Ya sabéis que he ido en cuadrilla, que sé manejar el mosquete y el pedreñal, y que de mí a las demás mujeres van cien leguas. Pero, añadió, no nos devoremos los unos a los otros los buenos amigos. Decidme, ¿qué dama es la que aguardáis?

—No te lo diré en mi vida, contestó Gastón; pero te juro que ningún amor me liga a ella, y que solo es una cuestión de familia que no puede ventilarse en su casa.

—¿Fe de caballero?

—Fe de caballero.

—Estoy tranquila, contestó Catalina, pues tengo vuestra fe. Cuando vengan la dama y la dueña las acompañaré. Quedad con Dios.

Parece imposible que un sér como Juana, ladrona y asesina de profesión, tuviera ciertos escrúpulos pero no hay persona en el mundo que no conozca ciertas anomalías de la conciencia humana, las cuales harían reír si no causarían horror. Mientras una mujer embaucadora y lazo de la juventud, hace tropezar la ignocencia con el más descarado cinismo, levantará orgullosa la cabeza diciéndoos que ella no ha robado a nadie y que su dinero lo debe a una industria honrada.

Juana era el reverso de la medalla. En su taberna se fraguaban conspiraciones y conatos de robos y, sin embargo, estaba ufana con su pretendida honradez, no permitiendo que ninguna mujer pisara nunca los umbrales de su habitación, de lo cual se alababa la semi-viuda del bandido.

UN SECRETO DE ESTADO

Gastón de Lorenzay se quitó el gabán y el fieltro y quedó luciendo su bella figura, a la cual prestaba más realce el hermoso traje francés de la época de Luís XIII. Despojado de los adornos de relubrón, era un vestido de paño color de avellana, con franja en los calzones y mangas de terciopelo negro. Se adaptaba tanto a la interesante figura del joven, que se dudaba si Dios hizo aquel hombre para acomodarle al traje de su época, o si se inventó éste para el hermoso joven, quien hubiera perdido las tres cuartas partes de su belleza con el mezquino y desgarbado modo de vestir de hoy día.

Gastón se paseaba arriba y abajo del aposento preso de recuerdos y esperanzas, que tan pronto le hacían sonreír como arrancaban un suspiro a su corazón.

Cansado de este ejercicio se sentó en una de las sillas de alto respaldo, sepultó su mano derecha entre los espesos rizos de rubia cabellera, apoyando el codo en la mesa de nogal que había en el aposento, y quedó ensimismado en sus pensamientos soñando entre dormido y despierto.

La soledad y el silencio que allí reinaba convidaba a ello.

Barcelona en aquella época distaba mucho de ser la ciudad bulliciosa de hoy, pues no era ni con mucho tan populosa; sus calles eran silenciosas como las de esas ciudades secundarias que se ven hoy día, y como la mayor parte de los caminos que conducían a la capital de Cataluña eran de herradura, los carros no abundaban por sus calles, oyéndose sólo en ellas los cascabeles y campanillas de los mulos de los trajineros que conducían a lomo más de la mitad de lo que se consumía en la ciudad. Su tráfico interior y exterior, al igual de lo que se embarcaba y desembarcaba en el puerto, era conducido por los faquines, llamados *bastaixos*, cuyo gremio aun existe.

Sólo alguna carroza de una familia noble, uno que otro carri-coche de camino o alguna de esas pesadas galeras, tiradas por una docena de mulas, que difícilmente atravesaba por los malos caminos anunciándose con el chirrido de sus ruedas y los cascabeles a una legua de distancia, eran los carruajes que a largos intervalos se veían en la ciudad.

Los relojes que tocaban las horas y las campanas de los templos interrumpían el silencio, oyéndose a intervalos algún mendigo que, junto al portal de una casa de cuyos moradores recibiera limosna, rezaba, entre cantadas y habladas, las oraciones de San Antonio, San Agustín, Santa Quiteria y San Cipiano.

A veces oíase el sonido triste de una campanilla, y un hombre a caballo, cubierta la cabeza con un bonete y envuelto con una capa negra, anunciaba a los vecinos que había muerto un individuo de tal o cual cofradía, y les rogaba por caridad que le rezasen un «Padre-nuestro».

Tal era el aspecto que presentaba Barcelona en el año de gracia de 1640.

Nuestro joven continuó ensimismado, hasta que una bellísima voz de mujer, que llegó a sus oídos, le sacó de su éxtasis. La voz cantaba una canción de las más en boga en aquellos tiempos, y que hoy tiene en su repertorio el incomparable «Orfeo Catalá».

Al concluir la canción, bella y llena de travesura, la célebre Sileta, la heroína de las canciones, llevando unos manteles en el brazo, unos platos de vajilla de Valencia rameados de mil colores, unos cuchillos de punta y cucharas y tenedores de plata, cuyas iniciales se habían borrado por motivos que sabía Catalina.

Sileta puso la mesa, y el joven francés, avezado a la libertad de las posadas de entonces, se acercó a la joven en ademán de abrazarla; pero ella, lista como una ardilla, se colocó de un salto al otro lado de la mesa y tomando un cuchillo lo blandió diciendo:

—Perdone su merced, caballero, y no se acerque, porque pincho como un puerco espín.

—Y como ellos uraña, ma belle, dijo Gastón. No creía que la virtud se hubiese refugiado en una taberna, mi hermosa Lucrecia.

—Me llamo Cecilia Massissa, para servir a Su Señoría; pero todos me llaman Sileta.

Y acercando un sillón a la mesa, prosiguió:

—Ya puede sentarse el señor galán, porque a Su Señoría van a servirle una comida que ni el señor Lugarteniente la tendrá mejor.

Y siguió cantando.

—¡Cecilia! ¡Sileta! gritaba el joven acercándose a la escalera.

OBRA NUEVA

dedicada al republicano Nakens



Libro de 128 páginas

con cubiertas en colores

Véndese en todas las librerías de España